

Añun Nükükarü

El Libro del Pueblo AÑÚ

La Nación de Nigale



Yldefonso Finol Ocando

Yldefonso Finol Ocando

Añun Nükükarü

El Libro del Pueblo AÑÚ

La Nación de Nigale

Copyright 2015

Fondo Editorial Cacique Nigale

Maracaibo

Teléfonos: (0412) 0700153

Diseño, Diagramación y Portada:

Lizandro Ayola Medina

Impresión:

República Bolivariana de Venezuela

Añun Nükükarü

El Libro del Pueblo AÑÚ

La Nación de Nigale



Yldefonso Finol Ocando

Añun Nükükarü

El Libro del Pueblo AÑÚ

La Nación de Nigale

Aniichi einti te, Eintini haña	Aquí estoy, bienvenidos
¿Anein haña? Anein mei we	¿Cómo están? Estamos bien
Payawaroĩ wein	estamos muy contentos
Noĩkachei wachikĩ tapáñe-tamúĩñi	nos visitan hermanos
Teireyatĩ pĩmi, chí tĩ teireyatĩ	cantaré, voy a cantar
Chi tachakagar	eso es lo que quiero
Payawĩi tein	mi corazón está feliz
Arakatiwĩ mayirigar	el maíz está cocido
Awairaawĩ oug'déi	está bailando el viento
Wiíntöin nchoĩñi	somos hijos de la madre agua
Mbátschirgha karei kayaawori	del relámpago fuerte luchador
Gua'mahí jébagar hawati	erguidos como el mangle rojo

Wayamai you-jundó	como una inmensa concha de tortuga
Aka iima ti mou	hemos tenido años malos
Ayaawa Yoúgheyeen	peleamos contra la gran serpiente
Naponei hou mmogor	con los que cavan la tierra
Hamaicha wiín	el agua escasea
Káihe Karīwei	hay mucho ladrón
Ayaawa ou-dagá	luchamos contra la muerte
Ayaawa Yoúgheyeen	peleamos contra la gran serpiente
Ayaawa kayingh	enfrentamos la oscuridad
Shikī te	soy fuego
Mikáiña te	soy humo
¿Keetī piini?	¿Cuál es tu nombre?
Añun te	soy Añú
Anein we pütüma (Gracias)	

Índice

	Pág:
Introducción: indios, gratitud y memoria: _____	11
Resumen: _____	17
Añu: enigmas y preguntas: _____	23
Geografía y hábitat añu: el estuario Maracaibo: _____	29
Nigale (Ni'uruare): conexión fundamental con la épica añu: _____	35
Añun nuku: ¿lengua muerta o lucha a muerte por la vida?: _____	49
Topónimos añu y poblados ancestrales: _____	59
Paraute: el grito de la historia contra la desmemoria encubridora de etnocidios: _____	73
El pueblo añu en la actualidad: _____	77
La deuda de Venezuela con el pueblo Añu: _____	89
Manufacturas y construcciones: _____	93
Los añu en la historiografía hispana y republicana: _____	111
Añun nukukaru: Vocabulario elemental: _____	125
Los Añu y la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela: _____	145
Ideas para un Plan de Rescate Añu: _____	149

Introducción: indios, gratitud y memoria

Déjenme decirles que la región del Lago de Maracaibo era de las más pobladas en 1529 cuando los europeos llegaron a saquear. Eran tiempos del Emperador Carlos V y del Gobernador Welser Ambrosio Alfinger. Como hallaron relativamente poco oro, les dio por comerciar con la mercancía más abundante que tenían a la mano: los seres humanos: los indígenas reducidos a la esclavitud. Los primeros doscientos veintidós, con veintidós mujeres recién paridas y sus pequeños críos, los atrapó en los vecinos poblados de Parepi y Cumari, el Teniente del Gobernador Alfinger en Maracaibo, Luis González de Leiva. Los vendieron en Jamaica y Santa Marta a razón de siete pesos y medio “la pieza de indio”. Fue el primer acto esclavista oficial en la Venezuela recién invadida.

A los habitantes originarios de estas riberas, los AÑU, mal llamados “paraujanos”, les tocó sin duda la peor parte de aquella historia de invasión y exterminio. Los AÑU fueron los primeros en recibir el estruendo del cañón y el arcabuz, y sentir en sus cuellos y abdomen los filosos hierros del conquistador. También conocieron muy de cerca la nueva religión, cuando el Obispo Rodrigo de Bastidas ordenó al esclavista Pedro de Limpas que capturase unos “indios” para venderlos, y con esas “ganancias” sufragar los gastos de su ascensión al cargo de Gobernador de la Provincia de Venezuela. A Maracaibo se vino el experimentado criminal a buscar sus víctimas, y atrapó quinientas, que fueron subastadas en Coro hacia el año de 1542.

Claro que los indígenas resistieron, cuando después de despejar su perplejidad e incomprensión de lo que ocurría, comenzaron a entender la maldad de que eran capaces los invasores. Fueron cien años de desigual enfrentamiento. Tres veces los europeos intentaron ocupar Maracaibo, que

nunca fue fundada, que fue invadida. Nigale fue el último héroe de los AÑU, asesinado a traición en 1607.

De esa gesta somos herederos. Mucho nos ha costado llegar a conocerla y compartirla con nuestro pueblo. Reivindico en esta hora el amor familiar que me hizo valorar la parte más humilde de nuestras vidas. La solidaridad radical que mi madre irradiaba a su paso. Su deseo innato de vivir a plenitud a través del amor al prójimo; de Ella nos viene también la sangre Añú por su abuelita paterna Matilde Morales, originaria de Toas por cien generaciones. Sumo las visitas ceremoniosas que hacíamos con mi padre al palafito del tío José Ángel, entrando por la Plaza del Hacha. Fueron nuestras primeras andadas sobre puentecillos de varas de mangle, una aventura de equilibristas para quien vive en tierra. Fueron también instantes para que un niño mestizo se encontrara con sus raíces, despertando para siempre la magnética ansiedad por plantearse –y resolver- incógnitas.

A tientos volvía a esas casas flotantes, con el aire inundado de peces y sal, por el camino de la lucha social. Quiero dejar constancia de la quehencia por esos días, por la amistad forjada en los ideales, rendir honores a mis camaradas palafiteros del Movimiento Político RUPTURA-Partido de la Revolución Venezolana, especialmente a la primera mujer Añú que abrazó la causa del socialismo: mi comadre Leida Rodríguez, cuyo rancho acogió al cantor Alí Primera, y a políticos como el médico Alirio Navarro, el candidato presidencial José Vicente Rangel y el guerrillero Alí Rodríguez Araque.

En el barrio Nazaret, además de cosechar ilusiones juveniles, di los primeros pasos en el conocimiento de una forma de vida acuática que parecía haber estado allí eternamente. Vivimos con la comunidad sus miserias y esperanzas, algunas de las cuales despertaron con nuestra llegada, como la alfabetización, los títeres, el cine proyectado en la pared del bar de Si-

món Palmar, y los círculos de lectura. Nosotros recibimos diariamente la enseñanza de que el pueblo no es el objeto sobre el que se hace un trabajo o pone en práctica un experimento, aprendimos que es el pueblo y solo el pueblo, el gran sujeto histórico de las transformaciones. Tal vez aun no pueda hacer un balance de todo lo que nos enseñó esta bella gente.

Porque no solo la riqueza mineral y los ricos alimentos como la yuca, la papa, el tomate, los frijoles y el maíz, salieron de esta tierra de Nuestra América, como el chocolate y el chicle. Todavía hoy no se ha medido ni analizado el impacto que tuvo en el “Viejo Mundo” el pensamiento y la vida indígena. ¿Cuáles fueron los valores que los precursores de la Teología de la Liberación y los Derechos Humanos vieron en la vida indígena que les transformó su visión del mundo por completo? Fueron la igualdad, la vida en comunidad, el desprendimiento por la propiedad privada, el trabajo compartido.

Otro concepto fundamental que tenemos que tomar de nuestros pueblos indígenas para la elaboración de una doctrina del hombre nuevo es la Ética Ambiental. Siglos antes que Kant formulara sus principios o Habermas dictara su cátedra, la gente de este nuestro continente practicaba una ética ambiental profunda. Recordemos la preciosa carta del jefe Seattle al presidente de los Estados Unidos. Para el humano amazónico-andino-caribeño no existe otra forma de vivir que no sea en perfecta armonía con las criaturas de la existencia, de la Madre Natura, en la que somos apenas un integrante más.

Un tercer elemento es la democracia directa. La gran mayoría de nuestras comunidades indígenas aún conservan formas democráticas superiores a las aristotélicas. En cualquier pueblo BARÍ, en la Sierra de Perijá, se elige o se revoca al cacique en asamblea pública sin ningún trauma. Tal como se hacía hace seiscientos o dos mil años. Pero también las decisiones comuni-

tarias son de origen colectivo y democrático. El tiempo de pesca, de siembra, de recolección, de caza, todo se decide en asamblea. La etnia Wayúu, como toda nación arawaka, tuvo el yanama: trabajo voluntario colectivo, que aún pudiera encontrarse en ciertas comunidades de la Alta Guajira.

Y he aquí el cuarto elemento: las formas naturales de propiedad. Trasmutadas hoy en formas colectivas, sociales o comunales, las formas naturales de propiedad son inmanentes al modelo de vida indígena. Es decir, hay cosas que son propias del individuo o la familia, como la casa o la ropa, pero en general, los bienes productores de riqueza, las aguas, la tierra, los recursos naturales, son del colectivo.

La ONU dice que el 9 de agosto es el día de los pueblos indígenas. Habría que preguntarle a los yukpas que luchan por recuperar sus tierras. ¿Qué tal están pasando su día? O llevarles un regalo. Como cuando es el día de los niños.

A Evo Morales lo tienen en la mira los oligarcas de Bolivia, casi todos extranjeros que han hecho fortuna saqueando, lo apunta el rifle genocida del yanqui imperialista, porque saben que Evo es la encarnación del renacer indígena en Abya Yala, como le dicen los hermanos cunas de Panamá al continente.

A Ramón Paz Ipuana lo desenterraron cumpliendo el rito wayú. Ramón ha sido uno de los wayú más cultos de su etnia. No culto por tener la cultura universal que tenía –que era mucha- digo culto por conocer a fondo la cultura de su pueblo y saber proyectarla con elegancia y belleza. Su libro Cuentos, Mitos y Leyendas Guajiras es una muestra magnífica de ese esfuerzo creador. No se ha vuelto a editar.

Ramón fue mi maestro dos veces en El Moján. En Cuarto y Sexto Grados supliendo a la maestra Nelly de Beltrán. Excelentes los dos. Pero

Ramón nos llevaba a viajes maravillosos por el infinito cosmos del conocimiento. Cuando el hombre llegó a la Luna, él nos mostró la mitología griega y la indígena; nos hizo ver como dos saberes tan distantes y distintos coincidían en la magia de la poesía.

Más tarde, en mis tiempos juveniles, como activista del movimiento cultural revolucionario, encontré de nuevo a Ramón, siempre enseñando. En las escuelas de Paraguaipoa y Yaguasirú nos conminaba a profundizar en las oralituras ancestrales, así supimos del yanama (trabajo colectivo) y de nuestros idiomas hechos de metáforas.

En su humilde vivienda de Yaguasiru, Ramón era padre y esposo amante, emocionado y amoroso con su prole. Sus niños eran como él educadores natos y mejores traductores. El vocabulario wayú que conozco viene de esos lejanos y felices días que rodábamos con Nohelí Pocaterra los caminos arenosos y alucinantes de woumain.

Evo ganó todas las elecciones y un referéndum, y la oligarquía seguirá odiándolo y tratando de derrocarlo y destruir lo que él significa. Los Yukpas, Japrería y barí de nuestra amada Sierra de Perijá deben ganar esa pelea de tener sus territorios ancestrales. El Estado tiene que garantizarles la vida y hacer cumplir la Constitución. Y el cacique Sabino Romero, junto a su padre y todos los mártires del pueblo caribe Yukpa, no sufrirán la muerte más dolorosa, esa que dan las flechas del olvido, y de la sangre derramada en vano.

Los Añú seguiremos desenterrando palabras extraviadas en batallas perdidas en los acantilados del tiempo para resucitarnos. Estamos volviendo del olvido. Estamos renaciendo de nuestras propias manos. Hemos descubierto la extraña fórmula según la cual, sólo conociendo nuestro pasado, tendremos derecho al futuro.

Resumen

El pueblo añú es la nación originaria del Lago Maracaibo. Los estudios históricos, antropológicos, etnológicos y arqueológicos, señalan en promedio una presencia superior a los diez mil años de la vida humana en la cuenca.

Aun tras sufrir un agresivo genocidio de tres siglos y una invisibilidad etnocida por dos centurias más, la nación añú permaneció aferrada a sus aguas ancestrales, soportando estoica todas las miserias, pero sin resignarse a desaparecer.

Así lo testimonian las poblaciones palafíticas post-colombinas, post-hispánicas, post-gringas, y post-petroleras, que se yerguen perseverantes junto al mangle y la enea, con la canoa atada a la vida acuática, y la pesca artesanal como fuente de vida.

El mundo añú existe y se concibe en torno al agua, por ello hemos afirmado que en materia de demarcación de hábitats, en este caso, a diferencia de los yukpa, bari, japreria o wayuu, no es exacto hablar de “tierras”.

Parte de esa resistencia silente que ha ofrecido el pueblo añú, han sido sus irrenunciables relaciones personales y familiares por vía lacustre. Destaco este hecho por haberlo constatado en cuatro décadas de observación consiente, durante las cuales me quedó confirmado que cuando una persona añú piensa en trasladarse de un lugar a otro, en su mente se dibuja una canoa.

El tradicional hombre añú sale de su casa palafítica a cortar mangle y a pescar, o la mujer va a rescatar enea y majagua, siempre en un movimiento naval. Vivir sobre (o en) el agua, es oír oleajes y chasquidos acuosos, ver reflejos y sombras movedizas, sentir humedad ardiente al sol y fría por las noches, andar en orillas arenosas y en pocos minutos estar en riesgosas

profundidades; es saber andar ligeros de equipamiento, y maniobrar con carga ante el marullo y el viento, interpretar los mensajes de la luna en las mareas y orientarse con estrellas y relámpagos en la oscura madrugada.

Por eso calificamos el modo de vida añú como una civilización acuática ecológica, donde la cosmovisión tiene por centro esa gran tinaja que es Maracaibo con sus cientos de fuentes y humedales adheridos.

Toda esa geo-hidrografía es habitada por añú desde los primeros tiempos, hablamos de un arraigo que en el pasado tiende a infinito. A la llegada de los invasores a partir de agosto de 1499, el pueblo añú se halla distribuido de manera organizada en su territorio. Está en la entrada al estuario controlando ambas bandas, el archipiélago, las lagunas y salinas, la salida al mar; en las riberas del Macomite (hoy ríos Limon, Socuy, Guasare, Cachiri, Mache) cuidando el agua dulce, manglares y eneales; en la costa oriental con los pueblos de Parepi y Cumari, su río Tamare y el gran poblado de Paraute, donde abunda el mene para curar embarcaciones, mantener el fuego y hasta hacer juguetes; en todos los lugares donde suena la palabra Maracaibo, donde caen los ríos en la gran tinaja, donde las pequeñas canoas son capaces de entrar.

En el proceso histórico de invasión europea, el pueblo añú fue designado de diversas maneras por los cronistas y los propios verdugos, fue así como los llamaron onotos por la costumbre de untarse la piel con ese fruto vegetal tan vernáculo; luego, según los nombres de los lugares que iban conociendo, los fueron llamando toas, zaparas, mohanes, eneales, arubas, aliles, sinamaicos, parautes, y otros, hasta llegar en el siglo XX al genérico “paraujanos”, derivación castellanizada de la forma despectiva que usaban los wayuu contra sus vecinos añú.

Esta denominación “paraujano” es el sonido que representó la consolidación del etnocidio anti añú, ya que la carga peyorativa fue sustituyendo la condición indígena originaria –y hasta la humana- por un significado

marginal que refería miseria, mal vivir, desaseo, promiscuidad, analfabetismo, brutalidad, flojera.

Junto al “paraujano”, en boca del inmigrante europeo y del criollo, iban asociados el “patarrajá”, “huele a pescao”, “rancheros”, “mojaneros”, “laguneros”, “isleños”, “santarrosos”, “anconeros”, “parautanos”, que fueron tan comunes como discriminatorios.

El imaginario colectivo zuliano borró de tal manera al añú, que aún se desconoce como raíz ancestral del gentilicio lacustre, a pesar de estar allí a la vista de todos, y en los genes de la mayoría del mestizaje maracaibero.

Un error en el que han caído varios investigadores, desde diversas disciplinas, es el de repetir la caracterización étnica contenida en los escritos de los agentes del imperio conquistador, sin tomar en cuenta lo que es obvio y elemental, comprobable en el día a día, que los de Toas, Zapara, Maraca, Mojan, son los mismos de Sinamaica, Lagunillas, Ancón de Iturre, Cabi-mas, en fin, los añú, los originarios del Maracaibo.

Esta apreciación equivocada tiene, entre otros efectos negativos, la consecuencia de dividir de manera caprichosa un pueblo común en parcelas más o menos diminutas, reduciéndolos a un puñado de “tribus” desarticuladas, casi sin derecho sobre el espacio geográfico que los contiene.

Es comprensible, históricamente, que el discurso colonial enarbole esta tesis, lo que no parece aceptable, es que la academia y la ciencia se hagan eco de ella, sin siquiera plantearse una revisión de la realidad empírica, que evidentemente, apunta a lo contrario, y es que las comunidades indígenas de las riberas interioranas del estuario maracaibero que resistieron la invasión europea en el siglo XVI y los albores del XVII, constituyen una sola nación: la añú.

Otra desviación en la que se ha incurrido es aquella según la cual el hábitat añú se reduce a la Laguna de Sinamaica. Este reduccionismo es

atentatorio contra el derecho territorial del pueblo añú y negador de la presencia ancestral en casi toda la orilla de los 14 mil kilómetros cuadrados del área lacustre.

En algunos autores he notado que dicho error proviene de una mala interpretación de la lectura de las crónicas que señalan a la expedición de Alfínger llegando a una “laguna” en cuya entrada “existían tres pueblos”, confundiendo el hecho que desde la llegada de Ojeda hasta el siglo XVIII, incluso, los españoles se refirieron al Lago Maracaibo con el término “laguna”. Por solo citar un par de ejemplos, la invasión de Pedro Maldonado a Maracaibo en 1574, tras el fracaso de Alonso Pacheco, fue bautizada como Nueva Zamora de la Laguna, y en 1676, cuando por Real Cédula se unió a Mérida y La Grita con Maracaibo, a la nueva provincia se le llamaba indistintamente como de Mérida y La Grita de la Laguna de Maracaibo.

También puedo afirmar, como testigo, que ciertos investigadores se limitaron al espacio exclusivo de la laguna de Sinamaica, movidos por la inspiración romántica de sus paradisiacos parajes y el asombro de percibir en su imagen tiempos añejos que rememoran la vista descrita por los primeros invasores.

Sobre el idioma, hay consenso en agrupar el idioma añú en el tronco lingüístico arahuaco, del mismo que provienen lenguas vecinas como el wayuu, el caquetío y otras de las costas marinas venezolanas, con las que es posible establecer semejanzas y diferencias importantes que confirman la proximidad idiomática y cultural.

La advertencia que hace un siglo hizo el estudioso Alfredo Janh, que reiteraron en las décadas del cincuenta Wilbert, y del setenta la lingüista Patte, sobre la inminente desaparición del añun nuku, y la sentencia de que el pueblo añú se podía declarar culturalmente extinto, parecen haber tenido, sin embargo, serios soportes, lo que no implicó que se cumplieran apocalípticamente, dados los esfuerzos cotidianos de la valerosa descendencia

añú, y los revolucionarios procesos sociopolíticos emprendidos a partir de 1999 en la Asamblea Nacional Constituyente.

Por eso cantamos con alegría la presencia añú en nuestras vidas, porque somos herederos de una épica realmente admirable, con nuestros héroes Tomaenguola, Mataguelo, Tolenigaste, Nigale, esperando la justicia que sólo sus descendientes podemos cumplirles algún día.

Payaawii tein
Teireyatī pīmi
chi tī teireyatī
payawaroi wein

Payawii tein
Porque soy añú
Tengo la virtud
De cantar arein
Pueblo luchador
Hijos de Nigale
Karey kayawori
Añú shikīi te.

Payawaroi wein
Aka iima ti mou
Wayamai jundó
Ayawa yougheyeen
Ayaawa ou-dagá
Kaa watarawey
Ub-bah Kunungar
Anii añún te aye.

Añú: enigmas y preguntas

Una civilización acuática existió en el Lago Maracaibo antes de la llegada del invasor europeo. No se trata de la ficción *Waterworld*, película de 1995 protagonizada por Kevin Costner, que muestra un mundo post apocalíptico completamente inundado, donde sobrevivientes mutantes se matan entre sí por el control de la poca vida existente.

Estamos hablando de una civilización profundamente humana y ecológica, donde valores de convivencia y respeto guiaban el actuar individual y colectivo, en un mundo de creación y contemplación cósmico, que tiene por punto focal el agua. Era la cultura de ver las cosas desde el agua como madre silente de la existencia.

Creemos, con Esteban Emilio Mosonyi, que “El patrimonio indígena es la base misma de nuestra identidad nacional, es la fuente primigenia de nuestro perfil societario integral, y merece, por lo tanto, el más profundo respeto de parte de toda la población y de sus instituciones representativas”; ello a pesar que “hasta bastante entrado el siglo XX, tanto las lenguas indígenas como los pueblos que las hablaban no constituían, en el mejor de los casos, más que un objeto de curiosidad, para satisfacer el gusto por lo *exótico* de ciertos científicos, escritores y viajeros”.

¿Salían hacia el mar o vivían sedentarios en sus aguas? Si salían al mar, como lo hicieron siglos atrás los antiguos arahuacos, que llegaron hasta las islas que hoy se llaman Cuba, Haití-Dominicana y Puerto Rico: nuestros familiares tahínos.

¿Navegaban los ríos de la cuenca Maracaibo? Sí. Muy especialmente el Macomiti, hoy ríos Limón, Socuy, Cachirí, Maché y Guasare; también los

ríos de la parte oriental: Matícora, Tamare, y multitud de caños como Ori-boro, y muchos que hoy están reducidos a las sucias cañadas de la ciudad de Maracaibo.

Pero no todo el tiempo estaban en el agua. Los Añú tenían mucha actividad en sus tierras: recolección de frutos, obtención de maderas como la vera para los horcones, cosecha de onoto, algodón y cocuiza (fique); trabajos de alfarería, construcción de embarcaciones, cultivos domesticados como el maíz, la yuca, frijoles diversos, auyama. En tierra se entrenaban en las carreras, cacerías, tiro de flechas y cuanta tarea le sirviese al bienestar de la comunidad.

Se vestían lo necesario según las determinaciones del clima. Cada cual se tejía y coloreaba sus lienzos como quería, según sus habilidades. ¿De qué hacían sus ropas? Fundamentalmente de algodón, que solían tenerlo en abundancia; igual lo usaban para hacer las hamacas, bolsas y cunas para los críos, mosquiteros, entre otras piezas de uso cotidiano. Las mujeres eran entrenadas desde su adolescencia en estos menesteres.

El respeto a las personas mayores constituía un valor muy especial de los pueblos originarios en general, y de los añú en particular. Las madres y abuelas, los ancianos y mohanes eran autoridades naturales de la comunidad.

¿Los caciques eran autoridades políticas y militares permanentes? No. Podían ser removidos con facilidad por la comunidad. No tenían que ser necesariamente guerreros, podían ser sabios, guías espirituales, según las situaciones que se vivieran. En tiempos de guerra los caciques militares asumían el mando. Las mujeres también podían ser cacicas.

¿Tenían límites los territorios? No en el sentido que se entienden hoy. Cada pueblo indígena sabía cuál era su territorio y cuál el de los demás. Podían acercarse, pasar, cruzarlo, pero no establecerse, a menos que la comunidad de asiento lo aceptase. No se conoce que existiesen disputas territoriales en la región del Lago a la llegada de los europeos.

Añú es un pueblo ictiófago por naturaleza. También comían tubérculos varios, maíz, mucha yuca dulce, frutas autóctonas, y algunas pocas veces carne de cacería.

La fe de nuestros antepasados incluía tres elementos esenciales: i) la ética ecológica, ii) principios del bien y el mal, y iii) veneración de la madre natura y los antepasados.

¿Cuál era su concepto de la propiedad? Nada similar con lo que se entiende actualmente. Lo fundamental era la propiedad colectiva, fuese difusa (el aire, el agua, la tierra) o concreta (la casa, la canoa, los útiles del hogar). En el caso de la Patria rige más un sentido de pertenencia y querencia que de apropiación.

La comunidad podía sancionar conductas indebidas, como el incumplimiento de compromisos y las faltas de respeto. El aislamiento era una pena muy común entre nuestros pueblos originarios. Podían llegar hasta el castigo físico, pero sobre la pena de muerte, no disponemos de datos científicos suficientes para afirmar o negar esta posibilidad en el caso Añú.

¿Existía el premio o reconocimiento? Sí. La emulación comunitaria reconocía los aportes de cada cual y sus virtudes particulares; a partir de estos reconocimientos se elegían caciques y mohanes.

Los Añú no vivían un mundo lúgubre, una vida aburrida, en blanco y negro, todo lo contrario. El pueblo lacustre ancestral era alegre por defini-

ción, así lo imponía la belleza y riqueza del paisaje. La alta luminosidad “caribeña”, el verdor del manglar y el bosque tropical, la abundancia de agua dulce y alimento, contando la rica proteína del pescado, todo convergía en generar una sociedad sana, fuerte, con sus necesidades satisfechas, y un paisaje encantador, de sol estimulante y noches estrelladas, con lunas inspiradoras.

¿Tenían cantos? Sí, según las ancianas hablantes le llaman “Areïn”. Existe el verbo cantar: teireyatī. La descendencia de aquellos Añú originales posee un talento muy especial para la música. Expresiones como la décima, la gaita, la danza, el bambuco, todas tienen en el pueblo indígena orillero una cantera inagotable de creatividad y calidad interpretativa. Muchos de sus rituales y juegos se expresaban a través de la música y la danza. Todos los rituales por las celebraciones climáticas, cosechas, fiestas familiares o comunitarias, se hacían con música, canto, baile y poesía. Abuelas, abuelos, padres y madres eran cuentacuentos espontáneos.

Los juegos y deportes eran básicamente acuáticos, como natación, apnea, pelota, pesca con arpón, así como la elaboración de muñecos de madera y otros materiales de origen vegetal como la tusa del maíz y el cactus.

Por las noches antes de dormir la conversación familiar era fundamental en la tradición oral, no sólo para preservar y reproducir la cultura, sino también para cultivar los saberes, la creatividad; incluso, soñar el futuro, planificar. El cuento, la leyenda, el mito, forman parte inseparable de la vida ancestral, y es una de las grandes pérdidas del pueblo Añú como consecuencia de haber sido vencido en la guerra invasora.

¿Había caníbales en el Lago Maracaibo? No. Los primeros actos de antropofagia en la región fueron cometidos por un grupo de europeos que regresaban del Sur del Lago, con parte del oro robado por el banquero

alemán Ambrosio Alfinger a los pueblos indígenas del lado oeste de Perijá y del Catatumbo.

Una cita de la obra del coronel Agustín Codazzi, nos dibuja este cuadro: “Codazzi, en su Resumen de Geografía de Venezuela, publicada en 1841, cita como primitivos habitantes de las orillas del Lago a los Zapparos, Aliles, Tamanares, Toas, Alcojolados y otros y agrega que en su tiempo quedaban restos de estas tribus como pobladores de las aldeas lacustres de la laguna de Sinamaica y en Lagunillas, Moporo y Ticoporo, “en cuyos lugares hay varias familias reunidas, que viven en chozas elevadas sobre horcones de vera en medio del agua”... Su dialecto lo considera Codazzi como derivado del Guajiro “o de un origen común con él”, lo que ciertamente es el caso con la lengua hablada por los actuales Paraujanos. La original construcción de las chozas de los Paraujanos dentro del agua, la explica el mismo autor muy acertadamente, diciendo que de este modo buscan y encuentran sus habitantes abrigo contra la molesta plaga de los mosquitos que abundan en los manglares vecinos, lo cual es efectivamente así” (Janh, 1914).

Geografía y hábitat añú: el estuario Maracaibo

Una concesión ganada por la derecha en el debate constituyente de 1999, fue esa de sustituir la palabra territorios por un ambiguo y racista “hábitat”. Se trata de una mancha en esa histórica jornada revolucionaria que reivindica a los pueblos originarios. La otra mancha es el tardío y errático proceso de demarcación.

Para quien tenga alguna duda sobre la propiedad indígena sobre sus territorios ancestrales, léase la Carta de Jamaica que en 2015 cumple 200 años, donde El Libertador habla de “legítimos dueños”.

Como vemos, es un asunto bastante añejo. El ideólogo revolucionario Salvador de La Plaza, en sus escritos sobre el problema de la tierra en Venezuela, señalaba allá por la década del 40, como los indígenas de Perijá eran expropiados a la fuerza por terratenientes y empresas mineras y petroleras.

Por eso es doblemente doloroso lo que ha pasado con el caso yukpa. Nunca debió llegarse al punto de dividir a la comunidad y perseguir a los más comprometidos, criminalizando la lucha ancestral. Fue la misma política de los colonizadores contra nuestros líderes Guaicaipuro y Nigale.

El Estado Venezolano tiene la obligación de hacer valer la Constitución, garantizando a los pueblos indígenas sus territorios y el ejercicio pleno de su cosmovisión y manifestaciones culturales en general, incluido el derecho consuetudinario. La opinión pública no puede estar ajena a este debate. Se trata de hacer justicia con nuestras propias raíces. La Sierra de Perijá es de los Yukpa,

barí, y Japreria. Eso se puede demostrar documental y científicamente. Los Wayúu representan otro caso de suma complejidad, por cuanto sus territorios ancestrales quedaron partidos en dos pedazos en la formación histórica de los estados nacionales de Venezuela y Colombia, donde, por cierto, quedó la mayor parte del hábitat Wayúu, cerca del 80%. Sin embargo, las autoridades responsables de la demarcación, deben tomar en cuenta que las áridas sabanas al noroeste del río Guasare, son territorio Wayúu.

Está pendiente la definición del “hábitat” Añú que, obviamente, abarca todo el Lago Maracaibo con sus ríos, caños y manglares, concluyendo que en el caso “paraujano”, en vez de hablar de tierras, tendríamos que decir “las aguas del pueblo Añú”, los herederos del cacique Nigale. Definir el mapa Añú en la actualidad, pasa por prefigurar los vínculos familiares que nos hacen parte de un pueblo específico, con un modo de vida acuático, una alimentación ictiófaga por excelencia, y una épica confirmada históricamente. Ese mapa Añú incluye la paradisiaca Laguna Sinamaica y el martirizado Paraute (Lagunillas de Agua), el archipiélago formado por Toas, Maraca, San Carlos, Sabaneta, Pescadores, Pájaros, Maraca, Zapara y Providencia, las ciudades de Maracaibo, Cabimas, Los Puertos de Altagracia, El Mojan, entre otras urbes orilleras del Marakara; los ríos Socuy, Cachiri, Maché, Guasare, Limón, Tamare, Manglar, Laguna Peonias, Las Yaguasas, El Corozal, y muchos etcéteras que habrá que definir con precisión “más temprano que tarde”. Y ya va siendo tiempo.

No se puede seguir posponiendo esta deuda histórica con los “legítimos dueños” del territorio zuliano. La Revolución Bolivariana es pionera continental de esta reivindicación que hoy también celebran Bolivia, Ecuador y otras naciones hermanas. Las visiones desarrollistas y los intereses económicos de una minoría no deben frustrar esta promesa bolivariana. Mientras no la cumplamos, no terminará de nacer la V República.

El Lago Añú

Así describió el geógrafo nacional Agustín Codazzi lo que él llamó la *Hoya del Golfo de Maracaibo*: “El lago de Maracaibo tiene 214 leguas de circunferencia, calculando solamente sus ensenadas principales; y 120 si estas se excluyen; ocupa una superficie de 700 l.c. En el gran valle cuyo centro ocupa se recogen las aguas que caen de las serranías de Ocaña y Perijá por la parte occidental; de Mérida y Trujillo por la del sur, de Jirajara y Empalado por la del este. Estos terrenos pertenecientes a la provincia de Pamplona en la Nueva-Granada, de Mérida, Trujillo y Maracaibo en Venezuela, están circuidos de montañas que le dan forma de una herradura.

Tres declives bien pronunciados del oeste, sur y este envían por medio de 120 ríos y 400 riachuelos, todas las aguas de una extensión de 2.900 l.c. de Venezuela y de 400 de la Nueva-Granada. Si a estas se reúnen las que descargan sobre el mismo lago, se tendrá que las aguas que caen en una superficie igual a 4.000 l.c. desembocan al golfo de Maracaibo. Efectúese este desagüe por tres bocas; dos pequeñas, que son los caños de Paijana y Olibor, y otra grande de dos millas de anchura situada, entre Zapara y la isla de San Carlos.

Los principales tributarios del lago son el Catatumbo, que lleva las aguas de una extensión de 750 l.c., el Zulia de 400, el Motatan de 250 y el Escalante de 500. Caen además en el golfo, que es el extremo septentrional de esta hoya, las aguas de una superficie de 200 l.c. de la península Goajira y las 550 l.c. de la provincia de Coro: lo que hace ascender todos los terrenos que vierten en la hoya a 4.550 l.c.

Debe tenerse presente que en las tierras más meridionales caen anualmente 86 1/2 pulgadas de agua, y en las del septentrion 52, y como estas son menores que aquellas, se pueden calcular 78 pulgadas por término medio, que es tres veces más de lo que llueve en España”.

Esta apretada descripción del Lago –que a veces llama “golfo”- por parte del coronel Agustín Codazzi, iniciador de la geografía y cartografía nacional, nos ubica en el medio del territorio de la nación Añú. Vemos como el elemento esencial es el agua: la que llega por cientos de ríos, la que baja con la lluvia, la que va del lago al mar; por lo que pareciera más ajustado a esta condición híbrida de lo hídrico en el Maracaibo, llamarlo estuario.

El estuario Maracaibo que vio Codazzi, y más aún el que vivieron nuestros antepasados, era un cuerpo vivo, activo en su constante renovación e intercambio de energías con un entorno rico en diversidad paisajística, donde la demarcación orográfica nos dibuja la cuenca más dinámica y prolifera de esta región del planeta.

La unión de esa masa de agua de 14.000 kilómetros cuadrados, alimentada por centenares de arterias dulces, con el salado mar que penetra desde el norte, crea un ecosistema único, defensor de condiciones especiales para la existencia de una flora y una fauna específica, así como un cosmos particular que constituye sin duda la fuente primaria de la idiosincrasia Añú, crisol de contemplación, creatividad, espíritu abierto, vocación poética, tendencia al buen humor, camaradería, apasionamiento, nostalgia, optimismo.

No podía ser de otra manera en esta luminosidad generosa, representada por primaveras eternas, calidez del aire, frescor de los alisios de noreste que predominan en la zona, los que en el día mitigan los calores, y por las noches pueden llegar a enfriar los lechos, particularmente de madrugada entre noviembre y febrero.

Archipiélagos, montañas, ríos, deltas, mar, caños, ensenadas, bahías, humedales, ciénagas, lagunas, cuevas, sabanas, valles, acantilados, manantiales, medanales, cascadas, son algunos de los accidentes geográficos del paisaje Añú; tal vez sería más fácil decir “no hay volcanes y glaciares”.

El sistema de islas que forman el Archipiélago Añú, siempre representaron una parte fundamental de nuestro hábitat, constituyéndose en la defensa natural de la entrada al Lago, de allí que en la crónica invasora destaquen desde los inicios la existencia de Zapara y Toa, al punto de que se le asignaban esos nombres a los habitantes de ambas, como si se tratase de etnias diferentes.

Hoy día el Archipiélago Añú, al que se suman Maraca, San Carlos, Sabaneta, Pescadores, Pájaros y Providencia, es el asiento de la continuidad de aquella resistencia que libraron las huestes de Nigale, donde el activismo social de la descendencia Añú se esfuerza por revitalizar nuestras raíces e identidad.

Las lagunas de Sinamaica y Los Olivitos, otras menores como Las Yaguasas, humedales como el Gran Eneal y El Corozal, medanales como los de Mojan, Sabaneta y Zapara, y las selvas de mangle que bordean el estuario, hacen del medio Añú una fértil maternidad de múltiples especies, emporio de biodiversidad, digno de ser conocido, estudiado, y sobre todo, preservado.

Es de destacar el papel vital que juegan estos espacios para la reproducción y manutención de peces, moluscos, mariscos, avifauna, anfibios, grandes roedores (chiguire o piropiro), cetáceos, quelonios y hasta mamíferos acuáticos como el manatí, muchos de ellos en peligro de extinción.

Los ancianos Añú nos han enseñado la importancia de salvar los nidos de desove de la curvina, entre otras especies vernáculas, en las inmediaciones del Golfo de Venezuela. También nos han contado del maravilloso instinto materno de las toninas que vienen a parir en la bahía interior de San Bernardo, para poner a salvo su cría del voraz tiburón tigre que ronda las aguas más saladas al norte del cayo.

El Añú ancestral conocía el curso de sus ríos, por eso veneraba con humildad las montañas de dónde venían las aguas dulces y transparentes, era tradicional colocar familias en las riberas a cada cierta distancia, con el fin de marcar el territorio y cuidar el ambiente de cualquier intromisión dañina. Es por esta razón que, en el caso del Macomiti (Limón), río arriba se establecieron poblados Añú, algunos de los cuales aún tienen descendencia en esos lugares. La depredación ganadera, la explotación petrolera de mediados del siglo XX y, más recientemente, el oscuro negocio del carbón, causaron estragos en la riqueza arqueológica de las cuencas hidrográficas del Guasare, Cachiri, Socuy, Mache, que son los hermanos que juntos hacen al gran río del norte Añú, el Macomiti.

Nigale (Ni'uruare) conexión fundamental con la épica Añú

Quien lleve en sus venas algún vestigio de sangre Añú, debe sentirse profundamente orgulloso de pertenecer al pueblo del cacique Nigale. Somos una nación viva con un héroe que existió comprobadamente. Esta condición, nos permite asirnos de la figura histórica del héroe, para reconstruir en parte nuestra épica, extraviada por la imposición de la “verdad oficial” de los invasores.

No pueden decir lo mismo —y esto tan lamentable, lo decimos con dolor— los descendientes de Guaicaipuro, Chacao, Terepaima, Paramaconi y tantos héroes y mártires de nuestros pueblos originarios, porque fueron borrados en el más atroz genocidio que conozca el género humano.

Un aporte más de la Revolución Bolivariana es haber reivindicado los pueblos indígenas, despertando además gran interés sobre los temas indígenas en la población general.

Hoy es común ver a la gente asumirse como indígena, incluso quienes ayer tenían vergüenza étnica, hoy la han apartado. También los hay que pantallean con lo indígena para colarse en eventos y conseguir prebendas políticas e institucionales.

Pero no cabe duda de lo positivo de este salto histórico.

Nigale es una de esas modas. Hasta hace una década atrás nadie hablaba de él. Sólo amantes de la verdad histórica nos empeñábamos en rescatarle. En mi caso particular, desde adolescente me ocupé de buscar información sobre esa gesta de resistencia, cuando andaba con mis compañeros del mo-

vimiento insurgente Ruptura, haciendo trabajo político entre los palafitos de El Moján.

La primera vez que supe de Nigale, fue a través de los tomos de Historia Política de Venezuela de Manuel Vicente Magallanes. En el tomo 1 aparece reseñada la Insurrección Zapara, en un breve comentario donde al cacique se le menciona como Nigal, tal vez por error de imprenta.

Ciertamente, es casi imposible hoy día afirmar categóricamente cuál es el verdadero nombre del líder Añú. Tal vez Nigale no sea siquiera un nombre propio, sino una denominación calificativa. La raíz ni' en diversas lenguas arawacas, igual que el Añú, se refiere a la tercera persona masculino singular, mientras que na' se refiere al plural.

Ni'wale pudiera acercarse a una especulación comparativa: El Amigo. Las investigaciones más recientes sobre nuestro añun nuku, nos acercan al significado Nigale: Ni'uruare, El Jefe.

En todo caso, lo que queremos ilustrar es el hecho de que no hay determinación científica en muchas de las leyendas y versiones caprichosas que se han levantado más allá de la tradición oral Añú, que fue prácticamente destruida en la guerra de invasión que aún algunos se empeñan en llamar “descubrimiento” o “fundación”.

No existe documentación sobre fecha o lugar de nacimiento. Se sabe, sí, por la crónica de los invasores, que Nigale fue capturado en orillas de Zapara, hacia el extremo este de la isla, el 23 de junio de 1607, y luego asesinado tres días después en la plaza mayor de la villa hispana bautizada como Nueva Zamora de Maracaibo. La fecha exacta del 23 de junio se extrae de la referencia a “la víspera de San Juan” que hacen los cronistas y documentos oficiales españoles.

Lo que cuento en mi libro *El Cacique Nigale y la ocupación europea de Maracaibo*, está fundamentado en una larga revisión de las “crónicas de Indias”, la etnografía latinoamericana, y en los roídos papeles existentes en el Archivo de Indias en Sevilla, a los cuales llegué siguiendo los pasos del Hermano Nectario María, quién revisó con tal detalle los documentos sobre Venezuela, que elaboró una guía para acceder a ellos, en los intrincados laberintos del Archivo, sin la cual sería casi imposible cualquier estudio en tiempo mediano.

Hoy Nigale está siendo reivindicado, aunque persiste el centralismo en la historiografía nacional. El pueblo zuliano tiene razones para estar orgulloso de su estirpe. Fueron más de cien años de resistencia que ofreció la nación añú contra la invasión europea. Se dice fácil, pero al imperio español le costó un siglo derrotarnos, y aún hubieron de usar el engaño y la traición para lograrlo.

Nos enfrentamos, en este afán científico por reconstruir nuestra historia, a la tremenda dificultad de no contar con la originaria fuente oral, ya que fue víctima del etnocidio, quedando destruida casi en su totalidad nuestra lengua y nuestra cultura, lo que trajo como consecuencia la imposibilidad de conocernos a partir de una versión propia. Esto nos lleva inexorablemente a tener que apelar a una escritura ajena, la del invasor, y explorar entre líneas, aquellos conocimientos que pudieran ser útiles, en una interpretación soberana de la crónica colonial, presa del sesgo racista que le caracteriza.

La pérdida forzosa de la oralidad Añú, con la desaparición paulatina del idioma, casi produce la muerte antropológica de nuestra etnia, que si no se consumió totalmente, fue gracias a la silente pero férrea resistencia del pueblo *paraujano* que, aferrado a su Lago, a su innata condición acuática,

su modo de vida palafítico, su pesca artesanal, su condición de ictiófago ancestral, y sus profundos valores humanos, éticos y ecológicos, superó siglos de discriminación, atropellos, marginalidad e invisibilidad.

Como personaje clave en la confrontación colonial por apoderarse del Lago Maracaibo, Nigale constituye un hito estratégico, a partir del cual podemos ir tejiendo la compleja red de datos, saberes y hechos que, a la luz de la cosmovisión indígena y el materialismo histórico, nos conduzca a elaborar conjeturas, hipótesis y conclusiones más aproximadas a la verdad.

Necesitamos crear una metodología de la historia indígena, para no dejarnos entrapar en el mediocre mundo de las especulaciones insostenibles. No cuestionamos la creación popular que busca explicarse estos lejanos hechos con su maravilloso poder inventivo, ni despreciamos esa terca ansiedad por llenar los vacíos temporales de nuestro ser raigal. Al contrario, amamos intensamente toda esa infinita capacidad creadora de nuestro pueblo, y valoramos todos los aportes venidos de experiencias colectivas o individuales, académicas o empíricas, literarias o esotéricas.

Pero estamos obligados a conquistar la verdad científica, y para ello hacemos uso del conglomerado del saber científico y de las prácticas concretas de la vida cotidiana del pueblo Añú, presente en la contemporaneidad.

Las comparaciones con pueblos indígenas vecinos, la búsqueda de similitudes y diferencias, las relaciones ancestrales con etnias hoy desaparecidas, las conexiones vitales, determinaciones fácticas, azares y convicciones, todas son herramientas de una tarea inconclusa que apenas está en pleno emprendimiento y que requiere del esfuerzo y compromiso de muchas voluntades para lograrla.

Esta metodología emancipadora implica, en primer término, vivir y convivir la cotidianidad Añú, asimilar y asumir su mirada desde el agua, su ser lacustre, su arraigo al manglar, su cosmos acuático, su genuina valoración de la amistad, la solidaridad insustituible en el riesgoso faenar pesquero, la traslucidez del trato personal que es determinación de la **intensa luminosidad** del universo maracaibero, la rigurosidad del respeto a la autoridad familiar y comunitaria, la honestidad y desapego por la propiedad privada, la preeminencia del compartir colectivo, el encanto por el paisaje y el amor profundo a las criaturas hermosas de la madre natura.

No es extraño entonces que el canto, la poesía, el baile, los juegos, y el buen humor, sean signos definatorios de la idiosincrasia Añú.

El reencuentro del pueblo “paraujano” con su héroe ancestral se produce dentro del conjunto de fenómenos sorprendentes y vertiginosos, desatados con la Revolución Bolivariana de Hugo Chávez. Tengo la satisfacción personal de haber contribuido modestamente a estos logros, con la publicación en 1994 del primer relato sobre Nigale en las páginas de cultura del diario Panorama, en 1997 con la creación de una columna política con el nombre de El Correo de Nigale, que en 2001 pasó a ser el primer periódico en homenaje a nuestro cacique y hoy ha sido convertido en página web, sumando la primera edición de mi libro dedicado a Nigale y la resistencia indígena en Maracaibo en 2001, y los aportes concretos en la redacción de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, en mi condición de miembro de la Asamblea Nacional Constituyente de 1999, a pesar que no fui incluido en la Comisión de Pueblos Indígenas.

Nigale se va convirtiendo en ese afínque afectivo que necesitábamos para recuperarnos como nación originaria; a partir de él, nuestra existencia en las riberas lacustres deja de ser un hecho indiferente, para pasar a ser una realidad interesante, más allá de la curiosidad que siempre causaron

los palafitos por su carácter “pintoresco” y su rumiada asociación al nombre de Venezuela. También esa presencia, por ratos enigmática, deja de tener explicaciones nebulosas, para comenzar a justificarse históricamente por la épica de una guerra de resistencia que duró más de un siglo.

Al confirmar, por la crónica de los invasores, que la caída de Nigale ocurrió el 23 de junio de 1607, nos remontamos al año de 1499 en que llegaron al Lago los primeros castellanos, vascos e italianos, para contabilizar que la invasión armada tardó ciento ocho largos años para apoderarse del territorio Añú.

Imaginemos los acontecimientos que pudieron ocurrir en toda una centuria –cuatro meses del siglo XV, el XVI completo, más seis años y seis meses del XVII – de intentos bélicos por conquistar la preciosa pista de agua para la ruta mercantil que comunicaba al Caribe mar con el virreinato de la Nueva Granada, en la ruta hacia Pamplona.

Tomemos en cuenta que el transporte masivo de carga por excelencia para la época era el marítimo. Los barcos invasores, en sus diferentes modalidades, surcaron océanos, mares, lagos y ríos, en busca de las riquezas ciertas e inciertas de un continente recién “descubierto” por la inagotable avaricia europea.

Alonso de Hojeda, que conoció en Sevilla las noticias del Tercer Viaje de Cristóbal Colón, en que el Almirante consiguió la “Tierra de Gracia”, se apresuró a organizar su propia expedición, entusiasmados como estaban en Andalucía y Extremadura por las narraciones que informaban de cuantiosas fortunas en oro, perlas, y otros bienes que abundaban en el “Nuevo Mundo”.

En cuestión de meses arribó a Margarita, siguiendo el trazado colombiano, navegó la costa, alcanzando la entrada del Maracaibo el 24 de agosto de 1499. Cuentan los testigos, como el cartógrafo vasco Juan de la Cosa y el experto marino italiano Américo Vespucio, socios en la aventura del conquense, que se regodearon cerca de un mes dentro del lago, observando sus recursos y reconociendo su configuración como cuenca. De esa acción quedó el primer mapa de la región lacustre, dibujado por La Cosa, y el nombre Venezuela, atribuido a Vespucio.

El trazado casi perfecto del Lago y sus ríos principales que hizo La Cosa en aquel viaje de 1499, echa por tierra la tesis de que la expedición de Hojeda se quedó en el Golfo de Venezuela sin llegar a entrar al Maracaibo, y hace inverosímil la versión sobre una ciudad “fundada” por estos aventureros en el desierto peninsular, sin fuentes de agua dulce ni tierras que dieran frutos.

Podemos marcar esta fecha como el inicio formal de la invasión monárquica imperial contra nuestros pueblos ancestrales, ya que a partir de entonces comenzaron las incursiones de naves europeas saqueando recursos y raptando gente para esclavizarlas; así como se emprendieron los intentos por establecer asiento español en nuestros territorios.

El invasor se valió, no sólo de su superioridad bélica, sino también de su clara convicción colonizadora y su visión geopolítica expansionista; mientras que el indígena resistía con armamento artesanal ineficaz contra el poder de fuego y de defensa enemigo, y bajo una visión localista de su comarca, sin vislumbrar claramente la intencionalidad abarcadora de la invasión. Así, por ejemplo, cuando Juan Pacheco Maldonado le dice a Nigale que los de Trujillo no están en guerra con su pueblo, y que necesitan sal con urgencia, nuestro cacique le cree, entre otras razones -que no veremos

en este capítulo- porque para él sus enemigos son los que venían en plan de quedarse en su patria, es decir, el Lago.

Allí se constata amargamente, como la clara concepción geopolítica del enemigo fue parte de las ventajas con que ganaron la guerra. Claro que el engaño constituye un arma letal contra el indígena, como queda comprobado en la captura y muerte de Nigale.

Elaborar un cronograma de la invasión que comienza con la llegada de Hojeda el 24 de agosto de 1499 y se finiquita con la captura y muerte de Nigale los días 23 y 26 de junio de 1607, representa un rango de ciento ocho años continuos de resistencia. El Imperio Español hace una guerra de invasión, que significa genocidio y conquista de nuestros territorios ancestrales. Los Añú y todos los pueblos indígenas luchan contra la invasión, resistiendo en condiciones desiguales, tratando de defender sus familias y naciones.

Es oportuno recordar que la Corona de Castilla se cree con la razón de conquistar nuestro continente, por “derecho divino”, ya que el acto “legal” que soporta la acción bélica contra los nativos, es la “donación” que el Papa, en nombre de su Dios, le hace a España y Portugal del “nuevo mundo” al que llegó Colón; este documento se conoce como las Bulas Alejandrinas (1493), en referencia al Papa Alejandro VI, el famoso pervertido de la orgiástica familia Borgia.

También debemos apuntar las patrañas adoptadas por el invasor para justificar el genocidio contra nuestros ancestros, cuando fueron capaces de inventar la supuesta condición caníbal del indígena, particularmente de los que ellos consideraban caribes. Con ese cuento y actuando a sus anchas, sin medirse en desmanes, exterminaron a los originales habitantes de las islas a las que ellos denominaban “Las Indias”; razón por la que en Puerto

Rico, Cuba, Haití, República Dominicana y otras menores, no quedaron sobrevivientes tainos, ni siboneyes ni ningún otro pueblo indígena. Una carta de los dominicos de la ciudad de Santo Domingo, escrita en 1545, les indica a sus superiores en Europa, que ya no “quedan almas inocentes que cristianizar en estas islas”, refiriéndose a la desaparición de los originarios habitantes tainos.

En vano resultaron los esfuerzos sinceros de los frailes Pedro de Córdoba y Antonio Montesino, primeros defensores de los derechos humanos en América Latina y el Caribe, y posteriormente del famoso Bartolomé de Las Casas, ni las doctrinas de Francisco de Vitoria, basadas en la experiencia de los anteriores, para impedir el crimen de lesa humanidad cometido por las tropas imperiales.

La verdad verdadera es que el hecho horrendo de matar para comer carne humana, fue cometido por primera vez en la cuenca de Maracaibo por españoles. Esta afirmación está documentada en los Juicios de Residencia realizados a la gestión de los Welser, particularmente a Ambrosio Alfinger, cuando salió a relucir como un grupo de su soldadesca, extraviados entre los bosques y ríos del Sur del Lago, embistió contra unos indígenas que les ayudaron orientándolos y dándoles frutos para alimentarse. La sed de sangre de estos adictos a la carne los convirtió en los primeros antropófagos en Tierra Firme.

Con tales métodos se ensañaron las bestias invasoras contra nuestra gente, y haciendo alarde de una supuesta superioridad cultural y religiosa, pasaron 108 años intentando apoderarse del Lago y sus comarcas. Las incursiones esclavistas fueron muchas, como aquella destinada a financiar la ascensión de Rodrigo de Bastidas como primer Obispo de Venezuela, encargada al experto Pedro de Limpias, quien se lució como secuestrador mayor de los Añú, para venderlos en los mercados de esclavos en el

Caribe, luego de marcarlos con hierro candente en la barbilla con la V de Venezuela.

Los intentos de establecerse también se repitieron en diversas fechas, siendo los más importantes los de Alfinger en 1533, Alonso Pacheco en 1669 y Pedro Maldonado en 1574. Durante todo este período los Añú combatieron al usurpador de su Lago. Los españoles no cesaron en su empeño por apoderarse de la gran pista de agua que abría la comunicación con la ruta de Pamplona en el Virreinato de la Nueva Granada, facilitándoles la importación de sus provisiones tradicionales y, sobretudo, la exportación a la metrópoli de las riquezas robadas a nuestros pueblos.

Esa era la misión principal de una conquista que nunca se planteó desarrollar en serio una economía independiente a nivel local, sino por contrario, mantener la absoluta sujeción de la producción americana al mezquino interés monárquico. Fue así como se impusieron unas relaciones de sobreexplotación del trabajo indígena, forzándolos a labores desconocidas y jornadas extenuantes que condujeron a la muerte a millones; amén de las nuevas enfermedades traídas por los foráneos y la separación de las parejas y familias autóctonas, que son parte de las causas del exterminio.

A esa dura realidad de opresión es que responde la guerrilla Añú de Nigale y Telinogaste, su segundo cacique. Fue a esa oprobiosa situación a la que respondieron los Añú con la insurrección de finales de 1573, derrotando al ejército de Alonso Pacheco y obligándolos a replegarse hacia Trujillo, de donde habían venido.

Sobre la posibilidad de escribir una biografía de Nigale, con los escasos documentos históricos sobre el tema y la pérdida de la oralidad ancestral Añú, lo considero un imposible. Tratar a la fuerza de entrar en detalles como la fecha y sitio de nacimiento, o pretender fijar un lugar específico

de su residencia, es una temeridad que sobrepasa cualquier consideración científica, para entrar al farragoso pantano de las elucubraciones. Al menos yo procuraré no caer en esa tentación, por demás vanidosa y deshonestas. El derecho que poseemos de deducir o inferir situaciones, de pensar conjeturas y especular, debe partir del deber que tenemos de sustentar con argumentos serios y con soportes documentales, tales construcciones. Además, trivializar un tema tan trascendente y disminuir su veracidad, por la falta de ciertos datos propios de una visión criolla transculturizada y eurocéntrica, es anular el impacto que aquella gesta tiene en la lucha actual por nuestra emancipación como pueblos.

Las escenas recreadas sobre la vida familiar, la economía, la sociología, la sicología y vida de los antiguos Añú que relato en mi libro sobre Nigale, son una mezcla de investigación científica documental y de campo, más una dosis literaria de ficción apasionada, basada en la vivencia personal junto al pueblo *paraujano* en nuestros lugares de crianza, donde tuve ocasión de adentrarme en sus modos de vida y su cosmovisión acuática, única en esta parte del mundo.

Tampoco suscribo la posición de ciertos “historiadores” y “académicos” de repetir como loros lo que dicen los cronistas del bando invasor, devenidos en apologistas del genocidio. Esos documentos, que son muy importantes para el estudio de esta historia, deben ser pasados por tamiz cultural e ideológico, para desmontar sus sesgos racistas y clasistas. No es posible que a estas alturas del conocimiento antropológico, arqueológico, etnológico y lingüístico, se siga rumiando la terminología colonialista como sinónimo de cultismo, despreciando la cosmovisión indígena y las nuevas conclusiones aportadas por las ciencias sociales en general.

Hablar de un montón de “tribus” tal como lo hicieron los invasores, y aceptar acríticamente la nomenclatura colonialista, la disgregación intencional de nuestras naciones originarias en grupos comarcales aislados, es reproducir los errores en que incurrieron aquellos “escribas y fariseos” que ni conocían los idiomas indígenas, ni les interesaba conocer el mundo indígena, más que para las pragmáticas aplicaciones de sus negocios.

Dar por un hecho confirmado que habían unos *indios toas* en la isla de ese nombre y otros *zaparas* en la ínsula vecina, más los *aliles* en la bahía de Urubá y el islote de Maraca y otros *onotos* en Moján, es de un absurdo insostenible. Pero la mente colonizada de algunos que alardean de historiadores, les lleva a reproducir mecánicamente lo que leen en los escritos colonialistas.

Incluso en la actualidad, si quisiéramos hacer un mapa del país Añú, podríamos basarnos en las relaciones familiares de los descendientes de Nigale. Un anciano habitante de Maraca nos cuenta que su mamá era de la laguna Sinamaica y su padre de Santa Rosa (Maracaibo). Otro en San Bernardo-cayo formado con la arena extraída del fondo del mar durante el dragado de la barra maracaibera- nos cuenta que tiene raíces en Zapara, Sinamaica y Toas. Son sólo muestras de la unicidad histórica del pueblo Añú en el Lago Maracaibo.

No menos nociva es la posición reduccionista, esa conseja que pretende reducir la existencia de los Añú sólo a la laguna Sinamaica. Debe quedar claro en este trabajo, que los indígenas nombrados en las crónicas coloniales como onotos, aliles, toas, zaparas, parahutes, sinamaicos, eneaes, arubaes...son los que en la época contemporánea llamaron con el remoquete “paraujanos”, es decir, los Añú, a los que esa misma crónica invasora llamó “los señores del Lago”.

Esta errada concepción viene de la visión positivista que predominó en la historiografía y antropología hasta bastante entrado el siglo XX, como las conclusiones de Alfredo Janh en 1914: “Los paraujanos, como ya hemos dicho, eran habitantes de la costa de mar y de los caños y lagunetas al sur de Sinamaica, donde quedan todavía muchos tipos puros, en compañía de un considerable número de mestizos que han adoptado sus mismas costumbres y dialectos. Ya hemos mencionado que los Onotos, Aliles y Sinamaicas de los antiguos cronistas y acaso también los Toas y Zaparas están refundidos hoy en la tribu de los paraujanos, de los cuales hasta hace pocos años vivían pequeños grupos en Santa Rosa y El Moján y en los caños Manatíes y Cañoneras, al este de la isla de Zapara. El grupo principal de esta tribu mora hoy en los poblados lacustres de la laguneta de Sinamiaca (El Barro, Boca de Caño, y Sinamaica) y en el caño Paijana”.

Añún nuku: ¿lengua muerta o lucha a muerte por la vida?

Hemos discutido en diversos artículos y foros, el proceso tras el cual el pueblo Añú perdió su habla ancestral. La invasión colonial europea, encabezada por el Reino de España, incurrió en cinco ocasiones, con embestidas bélicas: la de Alonso de Ojeda en 1499, la del banquero alemán Ambrosio Alfinger en 1529, la de Alonso Pacheco en 1569, la de Pedro Maldonado en 1574, y la de Juan Pacheco Maldonado en 1607.

En esta última lograron la derrota de la resistencia indígena Añú que lideraban por entonces el cacique Nigale y su hermano de causa Telinogaste. Allí fue que se consolidó el predominio hispano, con la imposición de las encomiendas, y otras formas de servidumbre y esclavitud que diezmaron la presencia Añú.

Los invasores sometieron a los vencidos a trabajos forzados, separaron las familias, les prohibieron ejercer sus creencias y, para colmo, hablar su idioma. Tal opresión es la causa fundamental de la pérdida de nuestra lengua; hecho que se agravó con la reducción de la población más la obligación de aprender el castellano para las faenas y la catequización.

Partimos de compartir los conceptos emitidos por los profesores Esteban y Jorge Mosonyi en su “Manual de lenguas indígenas de Venezuela”, sobre que “...la lengua representa la síntesis de la experiencia cultural de todo grupo humano, además de ser el vehículo fundamental de su transmisión; las lenguas indígenas –afirman- no son solamente vestigios de un pasado ya absorbido por la evolución sociocultural. Muy por el contrario, forman parte de un presente vivo, existen en número y variedad notable, y

siguen siendo utilizadas como medio de expresión por excelencia de una gama de poblaciones autóctonas, muchas de las cuales han entrado últimamente en un proceso renovado de crecimiento demográfico y de estabilización política, económica y jurídica”.

En su Estudio descriptivo de la lengua añun (o “paraujano”), la lingüista Marie-France Patte afirmaba: “Los últimos hablantes de la lengua añun, se encuentran dispersos en algunas localidades de la región que se extiende al norte de Maracaibo, entre esta ciudad y la Guajira. En la actualidad el punto de mayor concentración de este grupo es una laguna que forma el río Limón antes de desembocar en el Golfo de Venezuela, la Laguna de Sinamaica, donde sólo algunas ancianas hablan todavía el idioma y un número indeterminado de sus familiares lo entienden. Los demás hablantes se encuentran diseminados en otras localidades de la región: el barrio Nazareth en San Rafael del Moján, puerto situado entre Maracaibo y la pequeña ciudad de Sinamaica, y la isla de Toas y San Carlos a lo largo del Lago de Maracaibo. Pareciera que en Santa Rosa del Agua, barrio periférico al norte de Maracaibo, ya nadie practicase la lengua. Los hablantes del idioma se denominan añun; esta palabra también se refiere a la lengua. No utilizo el término paraujano (que también encontramos transcrito: parauhano, parauxano, parajuano, paraogwan, parawgwan, para(how)kã, parawkan, paraokan, generalmente considerado como despectivo, y que parece ser una forma hispanizada de la palabra guajira paráuja (parrouya) que significaría “gente del mar”. El idioma añun forma parte de la gran familia lingüística ARAWAK, de la cual conforma la rama septentrional. A esta misma rama pertenece igualmente la lengua arawak (o lokono, hablada en la costa atlántica desde el delta Amacuro en Venezuela hasta la Guayana francesa), el palikur (Oyapock, región fronteriza entre Guayana y Brasil), el Caribe negro, descendiente del llamado “Caribe de las Islas” (Belize) y el guajiro (Colombia, Venezuela). Demuestra grandes afinidades especialmente con el guajiro”.

Alfredo Jahn lo plantea así: “El dialecto de los Paraujanos es afin del guajiro y corresponde, por lo tanto, al grupo de las lenguas aruacas. A pesar de esta afinidad existen, sin embargo, considerables diferencias dialécticas, además de las de hábitos y cultura, por lo que debemos considerarlos como tribu autónoma y no como parcialidad de la guajira, como ya lo habían comprendido los primeros conquistadores y los antiguos cronistas, que los distinguían con el nombre de Onotos”.

La UNESCO estima que, “si nada se hace, la mitad de los 6.000 idiomas hablados actualmente desaparecerá a finales de este siglo. Con la desaparición de las lenguas no escritas y no documentadas, la humanidad no sólo perdería una gran riqueza cultural, sino también conocimientos ancestrales contenidos, en particular, en las lenguas indígenas. Sin embargo, este proceso no es ni inevitable ni irreversible: políticas lingüísticas bien planificadas e implementadas pueden reforzar los esfuerzos actuales de las comunidades de hablantes de mantener o revitalizar sus lenguas maternas y transmitir las a las generaciones más jóvenes”.

Esta última consideración debe ser la ruta que tomemos para salvar, si es que fuese posible, el idioma Añú, el que habló el cacique Nigale. Según esta agencia de Naciones Unidas para la educación, la ciencia y la cultura, el Añú se encuentra en situación crítica y sólo quedan 20 hablantes. Una tarea urgente es determinar quiénes son esas personas hablantes, donde se encuentran, en qué situación viven, e incorporarlas en forma privilegiada en los planes y programas de revalorización y revitalización del Añú.

Para la UNESCO “Una lengua desaparece cuando se extinguen sus hablantes, o cuándo éstos dejan de utilizarla para expresarse en otra que, con frecuencia, está más extendida y es hablada por un grupo preponderante. La supervivencia de una lengua puede verse amenazada por factores ex-

ternos, por ejemplo, un sojuzgamiento de índole militar, económica, religiosa, cultural o educativa; y también por factores internos, por ejemplo la actitud de rechazo de una comunidad hacia su propio idioma”.

El caso Añú encaja en esta explicación y lamentablemente tenemos que aceptar que ambos elementos, externo e interno, se conjugaron en diferentes etapas históricas para atentar contra la permanencia de nuestro idioma.

En primer lugar, se produjo –y es la razón fundamental- el “sojuzgamiento de índole militar, económica, religiosa, cultural o educativa” durante la invasión europea del siglo XVI y siguientes, tiempo en el cual, se diezmó la nación Añú con las guerras y la esclavización, la ruptura familiar, la imposición de unas creencias extrañas y la prohibición, so pena de mutilación, del uso del idioma propio.

A ello secundó un largo proceso de discriminación sistemática, diáspora, miseria y marginalización, que condujeron inexorablemente a la vergüenza étnica –factor interno- que es algo así como el suicidio cultural inducido por la persecución socio-psicológica que la sociedad dominante le infringe a un pueblo vencido.

Durante esta investigación hemos recopilado testimonios conmovedores sobre la “vergüenza étnica” impuesta al Añú. Hombres que olvidaron el idioma luego de haber prestado el servicio militar y recibir un trato denigrante por su condición de indígena, por su manera particular de pronunciar el castellano. “Bruto, tonto, animal, salvaje”, fueron epítetos lanzados sin misericordia, tras los cuales vino el complejo, el aislamiento, la inhibición. Mujeres que sufrieron discriminación en los colegios, en casas donde trabajaban como domésticas, fueron luego madres que dejaron de enseñar la lengua a sus hijos.

La UNESCO lo establece así: “Una lengua corre el peligro de desaparecer cuando sus hablantes dejan de utilizarla, cuando van restringiendo su uso a ámbitos cada vez más reducidos, cuando recurren cada vez menos a sus registros y estilos idiomáticos, o cuando dejan de transmitirla a la generación siguiente”.

Johannes Wilbert, destacado antropólogo que visitó la región lacustre en 1958, pronunció una dura afirmación sobre la extinción del Añú: “Durante las últimas cuatro décadas los Añú (Paraujano) han estado al borde de la aniquilación cultural y hoy tenemos que clasificarlos como culturalmente extintos”.

Wilbert, que a mi modo de ver incurrió en el error reduccionista que ubica a los Añú sólo en la laguna Sinamaica, vio con pesimismo la posibilidad de sobrevivencia de esta etnia; “la única esperanza que nos resta es que futuros trabajos etnográficos de campo...puedan rescatar, al menos, fragmentos de esta antigua cultura indígena, pero temo que aun para esto sea demasiado tarde”, sentenció.

También este autor cita a su colega Pollak-Eltz, quien concluyó en 1965: “El estudio de los Paraujanos se presenta como una urgente tarea, ya que parecen haber alcanzado la última fase anterior a su completa desaparición”, por lo que estima Wilbert que “cualquier conocimiento que en el futuro pudiéramos lograr en torno a la tradición cultural de los Añú, dependerá de indicios fortuitos y de la reconstrucción etnohistórica”; y añade: “eventualmente tendremos que incluir a los Añú como otra sociedad más entre los numerosos grupos étnicos cuya cultura no ha sido estudiada a fondo y cuya desaparición en la historia no registrada constituirá una pérdida deplorable para la ciencia y la humanidad”.

Este esfuerzo, que para mí comenzó hace cuarenta años, por acercarme con respeto y comprender el ser Añú, estudiar su cultura e historia, desentrañar las verdades escondidas por siglos, reescribir la épica de un pueblo heroico, y rescatar la figura sublime del cacique Nigale para reivindicarnos ante la historia y elevar la estima que requerimos para renacer, todo va en la dirección de evitar que se cumplan las predicciones antropológicas citadas.

En cuanto al idioma Añú específicamente, Esteban y Jorge Mosonyi dicen que “se encuentra en un peligroso estado de regresión, y amenazado incluso de la posible extinción total si no se tiene éxito en algún programa de revitalización lingüística. Lo hablan hoy en día unas 20 o 30 personas de edad mediana o avanzada, en las localidades de Sinamaica, Santa Rosa de Agua, El Moján y las islas de Toas y San Carlos, situadas todas ellas en el norte del estado Zulia. Esta lengua nunca ha sido estudiada en profundidad”, concluyeron.

Dentro de cada cultura, entendida como el modo de vida característico de todo grupo humano, en su más amplio sentido, la lengua ocupa un papel central y básico. Cada lengua tiene un doble valor esencial y fundamental: por un lado, es un sistema expresivo extraordinariamente rico y complejo, capaz de expresar todos los hechos reales o posibles, y todos los matices del pensamiento. Por otro lado, la lengua constituye el sistema de comunicación por excelencia de toda colectividad humana, y es por lo tanto la clave de la dinámica vital cotidiana, y el principio general del conjunto de las manifestaciones socioculturales que distinguen los pueblos del mundo. La muerte de una lengua significa un empobrecimiento en términos absolutos para toda la humanidad, tan grande e incluso mayor que la destrucción de un monumento arquitectónico universalmente admirado, o la pérdida de una grandiosa obra literaria.

Hay que aclarar que el valor intrínseco al que aludimos es completamente independiente del número de hablantes de una lengua., y del poder o la influencia que pueda ejercer la nación portadora dentro del panorama sociopolítico y cultural a nivel continental o mundial. Lo mismo merece ser estudiada y rescatada una lengua con algunos millares de hablantes, como otra que viva solamente en la voz de unas decenas de individuos. No existen lenguas superiores ni inferiores, cada una es un compendio de los logros culturales de un pueblo durante incontables generaciones.

“Nuestro deber como científicos sociales y como hombres con sensibilidad humanística es respetarlas, promoverlas y procurar por todos los medios su afianzamiento, junto con las tradiciones culturales, artísticas, literarias e históricas que perviven a través de ellas...las lenguas indígenas de Venezuela y América en general no son tan solo remanentes de un pasado en vías de desaparición, sino una realidad viviente, un patrimonio valioso capaz de sobrevivir y aún de fortalecerse. Ahora bien, uno de los prerrequisitos para este fortalecimiento es la estabilidad y el aumento de la población hablante”. (Mosonyi, 2001)

La población autóctona a la llegada de los españoles, según Julian Steward y Angel Rosenblat, eran 350.000 en Venezuela. Acosta Saignes calcula 500.000. Pero ya para el Censo de 1950 solo se contaban 98.682, mientras la Oficina Ministerial de Asuntos Fronterizos y para Indígenas del Ministerio de Educación en 1977 calcula 145.230.

La obra de los hermanos Mosonyi, publicada en 2001, afirmaba por entonces que “asistimos a una nueva época de afianzamiento y revitalización de los pueblos indígenas”, reseñando que el Censo del 92 estimó 308.762 personas pertenecientes a pueblos indígenas.

Junto a la estabilización demográfica, hay un conjunto de factores socioculturales indispensables para la conservación de las lenguas indígenas, tales como el carácter y la intensidad de los contactos con la sociedad nacional, la orientación de la política indigenista, el sistema educativo y, por encima de todo, las actitudes e iniciativas de las propias poblaciones indígenas en relación con su lengua y su patrimonio cultural integral.

A manera de conclusión, el maestro Esteban Emilio, al que conocimos en 1979 cuando formamos parte del Comité Organizador del Primer Encuentro Nacional Indígena, realizado en Toro Sentao, Paraguaipoa, sentencia: “Se está formando una conciencia en el seno de la población venezolana acerca de la importancia de los valores étnicos indígenas, no sólo en sí mismos, sino también como ingrediente fundamental de la identidad nacional en su conjunto...se ha notado a partir de los años 70 la consolidación de diversos movimientos de opinión y organizaciones étnicas que promueven la valorización de las propias lenguas y tradiciones culturales como parte de una lucha integral para alcanzar el bienestar económico y social”.

Por último, justo es reconocer los diversos aportes realizados desde sectores científicos, universitarios y académicos, nacionales y extranjeros, que han fijado su mirada en nuestro pueblo y su idioma. Mención especial merece el trabajo de Marie France Patte, quien tiene en su haber el más minucioso estudio lingüístico del añun nuku. Su libro, publicado en 1989 ha sido la referencia para todos los estudios posteriores, y, aunque su complejidad técnica lo hace casi inaccesible al común de nosotros, lo atesoramos y revisamos con creciente interés, porque en sus hojas esperamos siempre redescubrirnos a través de las palabras originarias del antepasado Añú.

Los profesores Pipo Alvares y María Bravo han publicado su diccionario, contentivo de un vocabulario elemental, incluidas palabras castellanas

y del wayuu en la forma que la adoptaron los habitantes de la laguna Sinamaica, fundamentalmente. El hablante Jofrey Márquez ha sido la fuente principal de estos trabajos recientes, entre los que se cuentan algunos videos que seguro serán de gran utilidad para un acercamiento básico al añun nuku. La ONG Movimiento Cultural Paraujano, que lleva un trabajo hace tiempo en Sinamaica, también ha editado, con financiamiento de UNICEF, un folleto escolar con palabras en Añú.

Conocemos la investigación de José Quintero Weir, con quien compartimos muchas conversaciones y acompañamos en alguna ocasión a la Laguna Sinamaica, constatando su gran dedicación al tema Añú. Lamentablemente el grueso de sus escritos no ha sido publicado aun.

Lo cierto es que hay un entusiasmo inusitado entre las maestras y maestros, líderes y jóvenes del pueblo Añú por aprender la sonoridad del habla ancestral, hecho que hemos constatado últimamente en los diversos talleres y actos que organizamos por toda la geografía Añú impulsando el rescate de nuestra gesta de resistencia. Hay esperanzas porque hay lucha.

Topónimos Añú y poblados ancestrales

Los topónimos o toponímicos indígenas son una fuente importante para conectarse con los idiomas ancestrales, para armar catastros de territorios asaltados precozmente por la invasión colonialista, para constatar la silenciosa resistencia de pueblos que se niegan a morir.

Esos nombres, a veces ignorados o despreciados, son hitos de un espacio vital, histórico y cultural, que nos permite, en cierta forma, reconstruir el mapa de lo que antes fuimos.

En muchos casos, un simple nombre de algún poblado indígena puede representar el punto de partida de una investigación lingüística, o para la ubicación de sitios donde ocurrieron acontecimientos históricos.

El solo hecho de la sobrevivencia de esos nombres sagrados, expresión original y combativa de nuestras raíces, habla de una lucha cultural intensa que sintetiza la contradicción metrópoli-colonia, donde la lengua popular supo vencer a la prepotente verborrea oficial.

Lucha que nunca cesa, que en plenos siglos XX y XXI, ha presenciado los intentos neocolonialistas por restaurar la nomenclatura católica impuesta en tiempos de la invasión de finales del siglo XV y todo el XVI.

Parece que una moda recalcitrante se ha apoderado de algunas autoridades del poder constituido local, municipal y estatal, incluso algunos que se autoproclaman revolucionarios, que se empeñan tercamente en imponer los nombres católicos de la época colonial en plena época bolivariana.

Son escandalosos los casos de Coro, Caracas, y otras poblaciones provincianas que la oficialidad quiere rebautizar con la denominación

colonial. Santa Ana de Coro y Santiago de León de Caracas, han venido reapareciendo en el discurso oficial, papelería de alcaldías, gobernaciones, documentos oficiales, publicidad institucional, en la que se suelen gastar ingentes recursos, que bien podrían dedicarse a las necesidades de la ciudadanía, incluso a reivindicar la verdadera identidad ancestral de esas poblaciones urbanas.

Mucho se ha especulado sobre el origen, formación y actualidad de los idiomas indígenas, bastante se ha cuestionado que sean realmente idiomas; se afirma generalmente que son dialectos, dándole a este término la peor connotación racista y peyorativa.

Pero la verdad es que a la llegada de los invasores europeos nuestro continente gozaba de una multiplicidad de idiomas consolidados, con gran variedad de formas dialectales de cada uno, según la región ocupada por las etnias, las distancias entre poblados, el vínculo con pueblos hablantes de otro idioma, o, simplemente, los modismos locales, a los cuales los pueblos originarios no eran ajenos.

Para los etnólogos y lingüistas hermanos Mosonyi, "...el mapa lingüístico de América es el más complejo y rico del mundo entero. Abarca más de 1.500 lenguas pertenecientes a cerca de un centenar de familias diferentes...Hoy día se hablan en territorio venezolano alrededor de 30 lenguas indígenas, sin contar las variedades dialectales regionales que muchas de ellas adoptan".

Sobre las lenguas indígenas presentes en Venezuela, la obra de los Mosonyi señala que "...muchos de los idiomas presentan cierto grado de afinidad entre sí, lo cual permite clasificarlos en familias lingüísticas. De esta manera se pudo establecer un orden relativo dentro de la diversidad, y se hace posible postular un origen común en el tiempo para una gran pro-

fusión de idiomas emparentados. Ejemplos de estas familias lingüísticas en nuestro continente son los siguientes: Caribe, arahuaca, tupi-guaraní, chibcha, tucano, ge, pano y muchas otras".

En el caso específico de la nación Añú, cuyo espacio vital es el lago de Maracaibo, es un hecho comprobado la intensa relación que sostenía con los otros pueblos indígenas de la región, lo que, sin lugar a dudas, influía en introducir variantes lingüísticas en su idioma original. Estas relaciones de intercambio cultural y económico, amistosas o simplemente comerciales, fueron frecuentes con caquetíos en la costa oriental del lago, y con barí y yukpa ((antes llamados quiriquires y/o motilones, según la época y lugar de ubicación), en la parte sur y suroeste; incluso, también está registrado el intercambio de bienes con naciones andinas como la cuica y otras hoy en día desaparecidas.

Es importante destacar, la permanencia de palabras que nos permiten establecer las similitudes entre los diversos idiomas hablados en la cuenca maracaibera, por la razón profunda de su procedencia de un tronco común.

Es notorio el ejemplo de Paraguaná, Paraguaipoa, Paraujano (de Parañú), Paraguachón, donde el prefijo "para" o, más exactamente "pá'ará", hace referencia directa al mar, de manera que significan "en el mar", "frente al mar", "gente del mar", "pequeño mar", sucesivamente. El sonido "pá'ará", proveniente de la influencia tupí-guaraní en las lenguas arahuacas, lo encontramos más al este de nuestra actual costa Caribe venezolana, en Paracotos, Paraguachí, Paramaconi; y muy al sur del continente, de la misma tierra de donde viene esta palabra, Paraguay, Paraná, Pará.

Pa'ará'ede fue uno de los tantos poblados Añú destruido por completo por los invasores europeos, asesinados y esclavizados sus habitantes, derrumbadas o quemadas sus viviendas. Nectario María narra que el poblado

onoto Parahedes (del cacique Cabromare), al que los españoles llamaban Pueblo Viejo, fue donde raptaron seis muchachas para esclavizarlas y el pueblo aplicó justicia matando a trece españoles e hiriendo a otros. La venganza hispana fue desaparecerlos.

Ajarayare, fue otro poblado Añú asaltado por Francisco Venegas (Capitán de Alfinger), quien lo despobló esclavizando a toda la gente que sobrevivió la emboscada.

Apuntemos que “pa’ará” hace referencia a grandes acumulaciones de agua, no exclusivamente al mar océano, y que también puede aparecer como sufijo, al estar precedida de artículos determinados o indeterminados, según el idioma específico que se trate. En el Añú lo tenemos en Zapara, pronunciación castellana de Chaa’pa’ará o Chüü’pa’ará, que es afectivamente “mi mar” o técnicamente “salado mar” o “sal de mar”.

El historiador nicaragüense Sofonías Salvatierra sostiene una hipótesis particular sobre la existencia de múltiples lenguas originarias. Según su saber y entender “El aislamiento de las tribus permitía la formación de los dialectos, de tal manera, que en América los había por centenares. No obstante, el sabio Barberena piensa que todas las lenguas indígenas tienen un remotísimo origen común, y que a pesar de la inmensa cantidad de idiomas y dialectos, algún día se han de determinar los caracteres comunes de las hablas americanas. Mucha razón hay para pensar así. Del norte al sur de América se nota la familiaridad de las lenguas. En Nicaragua hay un pueblo llamado Linay, en la Patagonia hay un río que tiene el mismo nombre. En Venezuela existe un pueblo llamado Tola, en Nicaragua también. Hay un Managua en Nicaragua y otro en Cuba. La partícula final agua, como Nicaragua, Comayagua, Conchagua, etc.; es abundante en Centroamérica, y se halla en la América del sur con Aconcagua, Tunguragua, etc.”(Sofonías, pag.20)

Nosotros podríamos agregar Cubagua, Cagua, Tacagua, Naguanagua, Achagua, en Venezuela, y Chimichagua en las riberas del río Magdalena, en Colombia. Baragua en el estado Lara venezolano y Baraguá en Cuba; Aragua en tres lugares distintos de Venezuela; Aricagua en el estado llanero Portuguesa y en el costanero Vargas, y así sucesivamente un reguero de “aguas” que nos señalan una raíz o varias raíces comunes en la diversidad idiomática de nuestros pueblos ancestrales.

Otra situación para tomar en cuenta, es la aparición de más de una palabra para designar un mismo lugar. Este hecho, que con frecuencia ha generado fuertes polémicas entre investigadores, opinadores y cronistas, tratando de imponer —a veces a capricho— una determinada versión, nace de la ignorancia y arrogancia como el conquistador trató a nuestros ancestros, llegándolos a considerar bestias sin alma o una especie de sub-humanos que había que “humanizar” imponiéndoles la cultura y religión dominante; actitud en que también calló la “intelectualidad” criolla con perspectiva euro-centrista, aún en los albores de la República y en la etapa contemporánea.

Es el caso de Maracaibo, cuya etimología fue falseada de manera burda por muchos años, persistiendo aún en el inculto lenguaje de la autoflagelación colonialista, la versión ridícula del “Mara cayó” que supuestamente gritaron los indios cuando vieron a su cacique morir en combate. Resulta entonces que los antiguos habitantes de este lago y sus riberas, al momento de la llegada de los invasores, sabían conjugar en perfecto pretérito el verbo castellano caer.

Se añade a esta controversial leyenda, la existencia de una doble designación del enorme lago que nos da el ser, al que algunos cronistas, historiadores y poetas llaman Coquivacoa. El falso dilema de si es Maracaibo o Coquivacoa, queda resuelto cuando constatamos .y hacemos conciencia-

que en torno al lago coexistieron varias naciones indígenas, con idiomas propios, algunos de ellos de tronco común arahuaco, como el wayúu, el caquetío, el Añú, otros de raíz caribe como el Yukpa, y hasta lenguas chibchas como la que hablan los barí. También estaban presentes los idiomas andinos en el sureste y sur del lago. De manera que era muy normal que la cuenca hidrográfica fuese llamada de diferentes formas por cada grupo étnico.

La palabra Coquivacoa es eminentemente arahuaca. En el taino que hablaban los originarios de las islas antillanas Cuba, Haití-Dominicana, Borinquén, son conocidos los vocablos coquí y bacoa, el primero para nombrar la típica ranita puertorriqueña y el segundo como sufijo para designar cierto tipo de plantas silvestres. Bacoa aparece en territorio caquetío en Cabure, siendo el nombre propio de un líder indígena que se alzó contra los maltratos infringidos a su pueblo por los invasores alemanes que servían a Carlos V.

Sobre la existencia del cacique Bacoa, Beaujón (1972), citando a Hill Peña, al narrar los alzamientos emancipadores previos a la gesta independentista, y más específicamente relativos a la resistencia indígena en la región Coriana, señala que “en 1532, surge en la serranía coriana, un movimiento político de ejecución guerrera, exclusivamente indígena, acaudillada por el cacique de Cabure, don Marcos Bacoa, quien inconforme con la política de su sobrino el Diao, don Martín Manaure, y enfurecido por los atropellos infringidos a su raza por los intrusos gobernadores alemanes, se levantó en armas (...) macanas, flechas y astucia, con el fin de “humanizar el gobierno regido por agentes de los Welser y restaurar el régimen aborigen, ya que la violación del pacto Ampies-Manaure implicaba la guerra para imponer por la fuerza lo que era imposible conseguir con la paz”.

La terminación coa también traduce “lugar”, por lo que una explicación posible del término Coquivacoa, pudiera aproximarse a “sitio donde abundan las ranas” o “donde cantan las ranas”, lo cual tendría mucha lógica por ser esta gran humedad hábitat propicio de batracios y anfibios.

Algunos topónimos Añú

Mohán: el espíritu de las aguas

Desde muy chamo me produjo curiosidad el significado de la palabra Moján. El difunto Eleazar Añez, dilecto profesor de generaciones y amigo de farras y conversas, nos repetía la leyenda que él oyó de las ancianas “paraujanas”, según la cual Moján viene de Mohán, quien era un piache famoso que habitó nuestros caños y manglares.

Interesante versión que ya en años mozos nos motivó a conocer la originaria cultura del lar natal. Luego fuimos a Nazaret, el barrio palafítico donde resisten los añú, sobrevivientes del genocidio colonizador hispano y la pobreza atroz que aún persiste. Allí conocimos a Tomasa y a Lina, madre de mi comadre Leyda Rodríguez, a las que apenas pudimos sacarles algunas palabritas en Añú; una muy bonita que en particular me gusta es payawĩtein, alegría. El idioma del cacique Nigale había muerto definitivamente. Lo que logró salvarse del holocausto lo acabó la vergüenza étnica. Todavía me parece ver a la viejita Lina tapándose la cara con sus trenzas cenizas, para decirme luego de mil ruegos que casa se dice wapiña, nuestra casa.

Aunque sería muy difícil hoy día establecer con exactitud el origen etimológico de la palabra Mohán, podemos, sin embargo, atrevernos a dilucidar su significación. El sonido mmo quiere decir tierra en Añú. Palabras que podrían constituir el sufijo del sustantivo compuesto podrían ser: anaa,

bueno; nnawa, negación; hontí, mojado. Tendríamos así, mmoanaa, tierra buena; mmonnawa, sin tierra; o, mmohontí, tierra mojada. De hecho el término mmogor, ha sido utilizado indistintamente como tierra. Similares a los monemas wayúu mmá y woumain, que traducen tierra y nuestra tierra, respectivamente.

Es oportuno recordar que los idiomas Añú y wayúu tienen el mismo tronco lingüístico arawuak, amén de ser etnias vecinas cuyas culturas es normal que se mezclaran. De hecho, el Añú de la Laguna de Sinamaica, lleva impregnado mucho del wayúu. El Añú desaparece por haber sido esta etnia la que recibe directamente el impacto criminal de la invasión europea que llega en barcos y necesita controlar el Lago para usarlo como puerto y pista de sus negocios. Mientras el Añú es esclavizado y diezmado, el wayúu vive en sus áridas sabanas que no son prioridad de La Corona de Castilla. Por eso permanece como cultura fuerte y hermosa que nos permite viajar a lo ancestral a través de su mirada.

Todos los significados citados guardan relación cosmogónica con El Moján, ya que las traducciones “tierra buena”, “sin tierra” (o “no tierra”, no lugar, que implicaría una forma de utopía) y “tierra mojada”, entendiendo tierra como lugar donde se habita, hábitat o patria, tendríamos entonces que Mohán es un sitio bueno para vivir, que no se refiere a tierra firme si no, más bien, a un hábitat acuático. Efectivamente la nación Añú ha tenido por hábitat raigal el estuario del Lago de Maracaibo, donde siembra vivienda, canoa y toma la proteína natural por su innata condición de ictiófago ancestral.

Pero si esta aproximación etnolingüística pudiese pecar de meramente especulativa, tenemos a mano una prueba documental viviente. Aquí al lado, en las poblaciones ribereñas del Magdalena, existe la leyenda del

Mohán (o los Mohanes, en plural castellanizado). Se trata de un personaje mitológico de extravagante apariencia, mezcla de humano y bestia, que suele raptar mujeres para satisfacer su insaciable apetito sexual. Una especie de seretón endemoniado. Subyace aquí la impronta de la Inquisición.

Siendo que la original versión indígena los señala -a los Mohanes- como sabios curanderos o shamanes capaces de interpretar los sueños y comunicarse con los entes inmateriales del cosmos (autí en añú y autch en wayúu), merecedores de la confianza espiritual de los caciques y guerreros, a quienes se consulta toda decisión que implique riesgos insospechados como la guerra o las previsiones climáticas, toma fuerza la idea de que, efectivamente, como lo explicaran las abuelas Añú de El Moján, el verdadero significado de Mohán es el espíritu de las aguas.

Toa, cerro de caliza

La palabra Toas se comienza a leer en las crónicas y documentos de la conquista desde sus inicios. Generalmente la usaban para referirse a los pueblos indígenas que habitaban en las riberas del Lago de Maracaibo en su estrecho próximo al Golfo de Venezuela. Indistintamente usaron los términos aliles, zaparas, arubas, toas y onotos, entre otros, correspondientes todos a la nación Añú, alias paraujana, que habitó originariamente el estuario lacustre.

Pero, tal vez haya sido el 15 de julio de 1579 cuando Isla de Toas fue nombrada por primera vez en la escritura de los invasores españoles. En la Descripción de la Ciudad de Nueva Zamora, su término y laguna de Maracaybo, hecha por Rodrigo de Argüelles y Gaspar de Párraga, se puede leer, en el numeral 48° “A la boca de esa laguna hay una isla que parte la Laguna en dos bocas... esta isla se llama la isla de Toa”.

Cartográficamente, es en un mapa-plano de 1774, titulado “Plano del Saco, Barra, Laguna y Fortificaciones que existen a la entrada del Puerto de Maracaibo”, de autor desconocido, donde aparecen por primera vez reseñadas las ubicaciones de Moján, y, en grafo algo difuso, por la caligrafía de la época y la vejez del documento, la isla de Toas, que parece escrita con una hache intercala, Toha, ó como Toan. Zapara, en cambio, siempre fue muy nombrada por los españoles y su nombre se lee en los mapas desde 1707, por lo menos.

En otro mapa de 1786 que está en el Museo Naval de Madrid, ya aparece El Moján, precedido de su artículo, y Tohas, con su hache intercalada, pero en plural.

Toa es palabra de raíz típicamente arawaka, tronco lingüístico común del Añú y el wayúu. Si partimos del supuesto razonable de que el prefijo to cumple funciones de pronombre posesivo de primera persona, pudiéramos agregarle como sufijo la palabra uuchĩ, que significa cerro. Entonces la voz original sería t’uuchĩ, que sonaría más o menos toach, dada la presencia de la glotal (pausa o silencio en la pronunciación de la palabra), simbolizada por el apóstrofo, y la gutural ĩ, cuyo sonido se ahoga en el fondo de la garganta.

Toas entonces traduciría “mi cerro”, lo que tiene lógica, porque aludiría directamente la constitución orográfica de la isla.

Por suerte, la lengua madre arawaka está regada por toda la región caribeña y norte de Suramérica, y contamos con una prolija toponimia que nos permite establecer símiles y comparaciones, para aproximarnos a deducciones sólidas.

Como es bien sabido y se ha comprobado hasta por estudios basados en la ciencia biogenética, la población aborigen de las islas antillanas es

oriunda, fundamentalmente, de las costas de lo que hoy es Venezuela. Hecho que ocurrió hace miles de años, probablemente por las migraciones arawakas producidas por las agresivas oleadas caribes-amazónicas que avanzaban desde el sur.

Pues, resulta que, tanto en Cuba como en Puerto Rico, encontramos la ancestral palabra Toa, y, qué casualidad, está relacionada con la presencia cuantiosa de la piedra caliza. No se trata de una casualidad, es una causalidad.

La cuenca del río Toa en Borinquen está sembrada por todos lados de la porosa roca, y en Cuba, para que nos suene más familiar, la zona cuenta con unos famosos “mogotes de Toa” que son cerros atapuzados de la misma piedra de que está hecha la bellísima porción de agua rodeada del excelso cantor Víctor Alvarado.

Isla de Toas, tierra querida, sois la piedra fundacional de nuestro amor al Lago Maracaibo, patria de los Añú.

Zapara: mi mar, salado mar

Zapara fue nombrada por los españoles desde los primeros viajes de los europeos al Lago de Maracaibo. Su nombre aparece registrado en los mapas de los invasores desde 1707, por lo menos.

La palabra Zapara es un sonido típicamente Añú, de raíz arahuaca, tronco lingüístico de los idiomas indígenas de la región maracaibera, exceptuando el barí que es de origen Chibcha, y el yukpa –con su par japreria- que proviene del Caribe.

También el caquetío, que hablaban los nativos de Coro (Curiana), es de familia arahuaca; de allí la similitud de algunos toponímicos como Paraguaipoa y Paraguaná.

Cuando analicemos la etimología de las palabras de origen indígena, tomemos en cuenta que las pronunciaciones contemporáneas, de seguro sufrieron mutaciones castellanizadas en la pronunciación y, por tanto, en la escritura.

También debemos anotar que la escritura de esas palabras antiguas las podemos documentar por las crónicas de los invasores, que no eran precisamente hablantes de nuestros idiomas ancestrales ni estudiosos de lenguas, de manera que los desaciertos tienen una alta probabilidad. Es el caso que pueden aparecer varias formas de nombrar un mismo lugar en los documentos de la época redactados por los llamados “cronistas de Indias”.

La palabra Zapara o Sapara, en cambio, tiene la particularidad de haber aparecido igual en los textos referidos al Lago desde los primeros intentos de invasión. Un dato curioso es la existencia de la etnia Zápara en la Amazonía ecuatoriana.

Otra usanza de aquellos “cronistas”, era llamar a los pueblos autóctonos con el nombre que éstos daban a su lugar de residencia, de allí que una de las varias denominaciones dadas a los originarios Añú, fue la de “zaparas”.

Hoy resulta difícil dar una explicación rigurosa del significado de Zapara, sin embargo, tenemos la obligación afectiva y científica de aproximarnos a una etimología posible del nombre raigal de esta hermosa ínsula “paraujana”.

El prefijo “Pará” que compone a Paraguaipoa, Paraguaná y Paraujano quiere decir “mar”, y es un aporte del tupi-guaraní a los idiomas de raíz arahuaca y caribes; por eso Paraguay y Paraná, por ejemplo, también se refieren al mar o en general a grandes acumulaciones de agua.

Paraujano viene de “paraañú”, que es “gente que vive en el agua”. Si partiésemos de que en el caso Zapara, el fonema “para” menciona al mar, lo que es muy lógico, entonces cabrían dos posibles prefijos para formar el nombre de la isla donde capturaron al Cacique Nigale.

El sonido “chaa” en Añú –variante del diminutivo “chon”- se suele anteponer a menciones afectuosas. “Chaapara” pudiera traducir “mi mar”, donde el posesivo singular no es por sentido de la propiedad, sino de la querencia.

La otra aproximación se formaría con la palabra “shüü” que es “sal”. “Shüüpara”, o sea, “mar salado”, que también tiene lógica, porque en contraste con las dulces aguas del Lago, las del norte de Zapara pertenecen al “mar de sal”. La dificultad para los castellanos de pronunciar la ü gutural, les pudo llevar a adaptar el término a sus facilidades idiomáticas.

Por cierto, que la captura de Nigale en Zapara aquél 23 de junio de 1607, fue gracias a la trampa de Juan Pacheco, que consistió en suplicar un poco de sal de Zapara para “socorrer” a la desvalida gente de Trujillo.

Paraute: el grito de la historia contra la desmemoria encubridora de etnocidios

Parafraseando al historiador Peter Winn, podemos afirmar que, pese a que los sucesos violentos de la invasión europea contra la población originaria del Lago Maracaibo parecieran estar perdidos en la distancia de los tiempos, “las batallas por la memoria colectiva continúan siendo relevantes en el siglo XXI”.

Pugnan en el fragor de la construcción social, la avanzada ideológica que necesita establecer la verdad histórica, contra las fuerzas conservadoras del sistema de dominación heredado del colonialismo; hablamos de la batalla de ideas como expresión dialéctica de la lucha de clases en el plano cultural, donde lo revolucionario es desmontar mitos alienantes, consolidando una lectura cuestionadora suficientemente documentada, que por su solidez científica, no deje espacio a la reproducción de las versiones manipuladas que sustentan la supremacía racial y civilizatoria del invasor.

La tesis colonialista se impuso desde el discurso oficial, particularmente en los programas educativos, cuyos contenidos y materiales didácticos, fueron encomendados a voceros de los intereses eurocentristas. En cierta forma, los sacrificios enormes realizados por la hueste patriota en la Guerra de Independencia, no tuvieron su colofón correspondiente en el desarrollo de un modelo educativo liberador, que fuera capaz de provocar una ruptura epistemológica respecto de la tradicional elaboración y enseñanza de la historia.

En este plano de las representaciones formales, lo indígena queda relegado a la última frontera, lo marginal, oscuro, como sinónimo de atrasado. El racismo anti-indígena ha sido muy fuerte en nuestra sociedad, al punto

de superar al anti-africano. La Colonia y la república burguesa necesitan borrar todo vestigio de lo originario, para apropiarse de los territorios y recursos naturales que pertenecen en justicia a los legítimos dueños de la patria.

Paraute es un ejemplo doloroso de lo que estamos hablando. A pesar de haber sido conocido por los primeros invasores y mencionado en diversos documentos coloniales; a pesar de estar recogido en estudios como los del Hermano Nectario María, su nombre no aparece en la Historia del Zulia de Juan Besson ni en el Diccionario de Historia de Venezuela de Fundación Polar, por solo citar dos graves omisiones.

Paraute “con todos sus habitantes fue dada en encomienda a Francisco Camacho”, en tiempos del Cacique Tomaenguola. Dice la crónica “que es sita por la región de Lagunillas”, lo que permite ubicarla en el lugar que los hispanos bautizaron Lagunillas por el carácter anegadizo de su entorno orillero.

Refiere Nectario que “en 1606 los indios de Paraute y Misoa apoyaron la causa de los del norte”, siendo sus caciques Juan Pérez Mataguelo y Camiseto respectivamente.

Juan Pacheco Maldonado, designado para enfrentar la insurrección del pueblo Añun del Lago Maracaibo, ataca Paraute, captura los caciques y los lleva a ejecutar en la villa hispana del puerto Maracaibo.

En algunas ocasiones los cronistas aluden a los indios Parautes, mismos que a veces llaman “zaparas” o “toas”, ubicándolos en la costa sureste. El gobernador español de la Provincia de Venezuela, Sancho de Alquiza, menciona repetidamente la derrota de los parautes por mano del capitán Pacheco Maldonado. Vuelve a comentar tal derrota de Paraute en un infor-

me sobre la situación de Nueva Zamora, como llamaban el poblado donde estableció cabildo desde 1574 Pedro de Maldonado.

Paraute es palabra típicamente Añú, donde el prefijo “para” indica gran aglomeración de agua (mar, lago, gran delta) y el sufijo “te”, aunque concuerda con el pronombre singular de primera persona (yo, me, mi), en cuyo caso Paraute pudiera traducir “mi mar”, parece más lógico aplicar la acepción según la cual la palabra “te”, actuando como sufijo, connota ubicación, sitio o lugar. En este caso Paraute es simplemente el nombre propio de un poblado determinado a orillas del Lago, como Macomite es el río que desemboca frente al Moján.

En el estudio de Marie France Patte, encontramos que la terminación “ite” cumple el doble significado “ser” y “estar”, como el verbo “to be” en inglés. Si ejercitáramos que originalmente Paraute fuese “Paraite”, con pronunciación gutural de la i, y que los cronistas invasores la hayan castellanizado a Paraute, entonces cabría la hipótesis de que Paraute significa “ser del mar” o “estar en el mar”, cualquiera de las dos válida para un pueblo clásicamente acuático.

Este nuestro Paraute Añú, fue el poblado palafítico donde en 1939 cometieron un acto de genocidio las transnacionales petroleras y el Estado venezolano, provocando el incendio criminal que destruyó casas, historia y vidas que no significaron nada para el sistema racista pro imperialista.

La dictadura servil, para más humillación, impuso la nomenclatura etnocida: López Contreras decretó llamarla Ciudad Ojeda, el primer invasor del Lago.

Borraron su nombre y su gente, pero de las cenizas volverá Paraute, clamando justicia por los mártires, cantando su bello nombre Añú.

El pueblo Añú en la actualidad

La historia, dicen, la escriben los vencedores. ¿Y, qué es de los vencidos?

Siempre me pregunté, por qué mi pueblo “paraujano” no existía como nación, como grupo étnico diferenciado, como cultura que se sabe presente.

En nuestras correrías juveniles en el barrio Nazaret de El Moján, tuve intenso contacto con los descendientes de Nigale, pero allí casi nadie se sabía perteneciente a una etnia específica, no escuchábamos la palabra Añú por ningún lado.

Descubrí que yo mismo tenía esa sangre en mis venas y la inquietud creció vertiginosamente por conocer esas raíces que ahora sólo se mostraban crudamente en la pobreza extrema del palafito y la negación del propio ser colectivo.

Dolorosa negación que es consecuencia de un proceso histórico violento. En el fondo, la guerra fue la que determinó la muerte cultural del pueblo Añú.

Y la reiteración de las preguntas que atormentan, ¿por qué perdimos nuestro idioma? ¿por qué no sabemos quiénes somos?

Tardó décadas en llegarnos la respuesta. Sólo comprendiendo el proceso de invasión europea al Lago de Maracaibo, encontraremos despejar estas incógnitas.

La historiografía oficial resolvía todo con dos palabras y dos protagonistas: “descubrimiento” y “fundación”, Ojeda y Pacheco. Pero ambos

conceptos son falsos y reproducen el esquema de dominación de “los vencedores”.

La verdad es que hubo una invasión extranjera a la que los indígenas del Lago opusieron una resistencia que duró, por lo menos, desde el 24 de agosto de 1499 hasta el 23 de junio de 1607. Fueron ciento siete años en los que el conquistador saqueó la región y esclavizó un número desconocido pero que debió ser muy grande, de nuestros originarios antepasados.

Apuntemos que se trata de la primera embestida española en territorio continental. Por eso el primer obispo católico de Venezuela, Rodrigo de Bastidas, financió su nombramiento con 600 Añú que el criminal Pedro de Limpias, experto en esta práctica, secuestró de los pueblos de la barra del Lago para venderlos como esclavos en los mercados de Coro y Jamaica.

El invasor, al no encontrar oro, optó por raptar muchos Añú para obtener ganancias de su venta.

Los Añú resistieron en las peores condiciones de desigualdad, pero impidieron que los invasores se establecieran en la región durante un siglo. Sólo cuando a traición capturan al cacique Nigale y a su lugarteniente Telinogaste, y destruyen su guerrilla lacustre, pudieron entonces los imperialistas establecerse en forma permanente en las riberas del Lago Maracaibo y sus ríos.

Tanta importancia tuvo este hecho para la monarquía, que el mismísimo rey Felipe III felicitó por escrito al verdugo de Nigale por “haber acabado con los rebeldes que impedían la navegación en laguna de Maracaibo”.

La derrota y la opresión impuesta fueron las causas de la destrucción cultural del Añú, con la consiguiente vergüenza étnica, la diáspora y la invisibilidad.

Invisibilidad que aún hoy, a pesar de los importantes avances indígenas con la Revolución Bolivariana, se mantiene por la ausencia de una conciencia colectiva del ser Añú, y por la falta de políticas públicas orientadas a su revalorización y revitalización.

Una reseña de comienzos del siglo XX nos ofrece referencias del estado en que se encontraba nuestro pueblo orillero: “El pequeño poblado de Santa Rosa contenía en 1912 alrededor de cien personas, distribuidas en una veintena de casas. Sólo pudimos observar allí, en aquella época, diez o doce individuos perfectamente puros; el resto de la población se componía de mestizos con blancos y negros y todos, aun los blancos venidos de fuera, hablaban entre sí el dialecto paraujano. Otra pequeña aldea de esta tribu, situada al norte de El Moján, fue visitada por nosotros en 1922. También allí se notaba la decadencia del elemento indígena, que va siendo sustituido por los mestizos. Los principales poblados de los Paraujanos son las tres aldeas lacustres construidas dentro de la laguna de Sinamaica, llamadas Boca de Caño, El Barro y Sinamaica. La última es la menos importante y se halla en la parte sur de la laguna. Boca del Caño deriva su nombre de su situación en la desembocadura del caño de Garabuya, por el cual puede comunicarse, en canoas, con la villa de Garabuya o Sinamaica, la cual no debe confundirse con la aldea lacustre del mismo nombre, arriba mencionada. La más importante de las aldeas de la laguna es El Barro, que tiene unos cuatrocientos habitantes y sesenta chozas, situado en la boca del río Socuy o Limón. El Censo de 1891 arroja para El Barro 71 casas y 463 habitantes, y para Boca del Caño 60 casas y 427 habitantes, y para Sinamaica 300 habitantes en unas 50 casas aproximadamente. No conocemos aún el resultado del último Censo (1926), pero creemos que las tres aldeas mencionadas han disminuido en población e importancia” (Alfredo Jahn).

En la actualidad el pueblo Añú, llamado coloquialmente paraujano hasta 1999, se encuentra ubicado en varios de sus poblados ancestrales, incluida la populosa ciudad de Maracaibo, donde el mestizaje con gentes de múltiples orígenes, esconde la presencia mayoritaria de la nación del cacique Nigale que se diluyó entre el conglomerado criollo, por la pérdida del idioma y por el abandono de su tradicional estilo de vida acuático.

Sólo en el barrio de Santa Rosa, al norte de la ciudad, se mantiene una población típicamente Añú, que sobrevivió al voraz proceso urbanizador, y al neocolonialismo disfrazado de avances tecnológicos producto del negocio petrolero.

Pero es en la zona del estrecho del Lago, con su hermoso archipiélago, donde se conservan los modos de vida más raigales de la cultura añú, con la pesca como actividad económica fundamental, y la vivienda palafítica que tanto significa en esta larga resistencia contra el olvido y la destrucción colonial.

La población indígena en el Zulia representa el 61% del total nacional, o sea, un 12% del conglomerado humano que reside en el estado.

Los wayú representan el 57,3% del total nacional, mientras las personas que se reconocen como Añú son el 2,95, ocupando el quinto lugar, después de wayúu, warao, ka'riña y pemón.

Estos, cerca de 18.000 personas que se reconocen como añú, viven mayoritariamente en las ciudades y pueblos de las riberas del estuario Marakara (La Tinaja), principalmente en la margen occidental, esa franja norteña donde las otrora dulces aguas, se van fusionando a las del (Shüu'paara) salado mar, en el Golfo de Venezuela.

El Moján (Mohán), Santa Rosa, Toas, San Carlos, Maraca, Zapara, Sabaneta, Laguna de Sinamaica, El Bajo, La Cañada, Barranquitas, entre otros, son los principales asentos de la etnia nigaleana en la actualidad.

En el lado oriental del estrecho, el Ancón de Iturre, Los Jovitos, Punta Vigía, Punta de Palmas, Los Puertos de Altagracia, Punta Iguana, La Rita, Cabimas y hasta Ciudad Ojeda y Lagunillas, también refugian a una parte de los sobrevivientes de la diáspora Añú.

Recordemos cómo fue incendiado y desaparecido el pueblo original de Lagunillas, levantado en horcones sobre el Lago, a la típica usanza Añú. Esta población corresponde a la antigua Paraute, importante comunidad paraujana referida en la crónica conquistadora, que sufrió duros ataques del ejército invasor.

Queda la duda de si los otros pueblos de agua del inmenso Lago, hacia el sur y suroriente, también pertenecen a la nación Añú. Hay muchos indicios de que sea así, como la vida palafítica y pesquera, los prototipos de construcción naval y algunas relaciones familiares con oriundos del archipiélago Añú en la desembocadura del río Limón, antes Macomite.

Mantenemos esta duda razonable, porque es un hecho comprobado que otros pueblos indígenas de la región, también ocupaban –eventualmente– riberas del Mara-kara en tiempos de la invasión.

Igualmente, existen serias pruebas de que los aborígenes de Moporo y Tomoporo, no pertenecían a la misma etnia de Nigale, ya que colaboraron con los europeos en sus varios intentos por invadir territorio Añú.

El historiador Juan Bessón dice que los indígenas de esa parte del Lago, ubicada actualmente en jurisdicción del municipio Sucre, correspondían a

aquellos que aparecen reseñados en la crónica colonial como bobures; al punto que dieron nombre a la que es capital de ese ayuntamiento. También afirma que todas las etnias del lago tenían construcciones palafíticas.

Ceuta, cuyo nombre proviene del norte de África y tiene raíces románicas, entra también dentro de esas similitudes generales con el modo de vida Añú, aunque su devenir contemporáneo ha estado, como San Timoteo y toda la Costa Oriental, más amarrado a la explotación petrolera que a las actividades tradicionales indígenas.

Un factor común a todos estos pueblos de aguas, hermanados más allá de las raíces étnicas por las dificultades para sobrevivir, es la miseria a que fueron sometidos; ellos son un símbolo de resistencia que nos hace sentir orgullosos del gentilicio lacustre.

Desde la colonia, la gesta independentista, y hasta la llamada Cuarta República, los habitantes del Lago no sólo fueron olvidados por los diferentes gobiernos, sino que además, las condiciones impuestas por el afán desarrollista y el modelo extractivo primario exportador, trajeron como consecuencia el deterioro acelerado del hábitat ancestral, de donde obtenían la fuente elemental de proteínas a través de la pesca.

La mayor tragedia del pueblo Añú ha sido su auto desconocimiento, eso que desde hace una década he llamado *la invisibilidad de los vencidos*. Sólo un pequeño grupo de los descendientes Añú tienen conciencia de pertenecer a esta etnia específica; casi nada se conoce de la historia de este pueblo.

La sociedad criolla ignora absolutamente la existencia Añú. Antes de 1999 sólo se miraba hacia el palafito como referencia marginal a las

manidas leyendas de la historiografía colonial: el manoseado cuento de la Pequeña Venecia.

Tampoco los centros del saber científico, llamados a develar estas realidades ocultas, se interesaron en estudiar la presencia Añú. Las academias se dedicaron a rumiar la crónica del invasor europeo, pero nunca les llamó la atención la terrible resistencia que trajo a estos descendientes del Cacique Nigale hasta los tiempos del petróleo y la cibernética.

El término “paraujano”, con su carga peyorativa, señalaba a un grupo humano signado por la miseria, con sus ranchos sobre el agua y sus canoas pesqueras.

En la euforia por el boom indígena que se desató en el proceso constituyente, un bojote de oportunistas se hicieron pasar por añú, para aprovecharse de las dádivas que el gobierno comenzaba a repartir como forma de materializar derechos postergados.

También ha sido frecuente observar como el espacio natural del pueblo Añú es usurpado, reduciéndose dramáticamente la posibilidad de rehacer su mundo cosmogónico y poseer su hábitat ancestral.

Sucesos tradicionales como la leyenda de la aparición de la Virgen de Chiquinquirá en 1749 a orillas de Maracaibo, son erróneamente adjudicados a otras etnias, cuando los únicos indígenas que habitaban el lugar para la fecha eran los Añú. Lo relevante no es el hecho religioso, que a mí en lo personal poco me importa, sino la distorsión antropológica que reitera el ocultamiento -consciente o no- de la presencia Añú en el Lago.

Esta sustitución del ser Añú y su territorialidad, impulsada desde el discurso oficial y la comodidad académica, inundó con lo wayúu todo lo

indígena en nuestro entorno, en una especie de operación masiva de etno-mercadotecnia.

Recientemente, a raíz de la exaltación del Relámpago del Catatumbo a un famoso récord internacional, uno de los investigadores del fenómeno afirmaba que habían sido los wayúu los primeros en observarlo, ignorando ya no sólo a los Añú que lo cantaron desde las noches lacustres, sino hasta los propios barí que son los legítimos dueños de esas tierras y ese cielo.

Esta especie de recolonización del Añú, estuvo estrechamente ligada a la ocupación del Lago Maracaibo por parte de las transnacionales petroleras, interesadas en reducir al mínimo cualquier oposición a su hegemonía.

Las urbes que fueron creciendo al ritmo del negocio energético a ambas orillas del estrecho maracaibero, estaban pobladas cada vez más por personas venidas de otras partes del país y del exterior, cuyas querencias sentipensantes no guardaban relación con el inmenso lago, al que vieron como ajeno, más propio del yanqui petrolero que del residente ancestral.

Se produce así la alienación del paisaje, que pasa a engrosar las plusvalías del patrón y las “normales” secuelas negativas de toda actividad económica. Desarraigo y explotación que dan paso a la destrucción ambiental.

Particularmente la explotación petrolera, que abarcó todo el siglo XX y continúa, fue la actividad de mayor impacto negativo en la vida palafítica e ictiófaga del pueblo Añú, después del genocidio invasor de los siglos precedentes.

La presencia masiva de grandes embarcaciones, la construcción de instalaciones petroleras en todo el cuerpo de agua, la perforación masiva de su suelo, la canalización de la entrada al Lago, la vertida de desechos industriales, el despliegue de una intensa actividad portuaria e industrial en

sus riberas, todo ello fue configurando un azote colectivo contra el silenciado pueblo Añú y toda la humanidad maracaibera y demás criaturas de la existencia.

La merma de la pesca artesanal Añú, caracterizada por ser profundamente ecologista, respetuosa de los ciclos y sitios de desove y cría de las diversas especies, se vio catalizada por las incursiones depredadoras de la pesca de arrastre, letal práctica que casi desapareció importantes rubros de la zafra lacustre, como la curvina, el robalo y el camarón.

Compartimos con los Mosonyi la convicción de que “En las últimas décadas hemos sido testigos de un hecho sociocultural de gran significación en los países latinoamericanos...el renacimiento cultural de los pueblos autóctonos”. Ellos hablan de determinados factores que han incidido en este renacer: “el resquebrajamiento progresivo del sistema colonialista durante el siglo XX, los grandes conflictos bélicos, el afianzamiento de las organizaciones internacionales, así como también la maduración de las ciencias sociales en tanto que intérpretes y voceros del sentir y de las aspiraciones legítimas de los conglomerados humanos que pueblan el planeta”. Nosotros agregamos otros, tal vez de más peso, como: el papel protagónico de organizaciones indígenas conscientes, el surgimiento de liderazgos individuales destacados, y las revoluciones políticas de comienzos del siglo XXI.

Si coincidimos plenamente en afirmar con Esteban Emilio y Jorge, que “el complejo de inferioridad colectiva que se había generado en ellas (las comunidades indígenas) como subproducto de una dominación expansionista apoyada en la fuerza bruta y en ideologías de corte positivista, tecnocrático e incluso racista, va cediendo terreno gradualmente a una resistencia activa, a un orgullo étnico y a una conciencia clara de los propios valores societarios”.

Antes nada, *paraujanos* si acaso; ahora Añú, nación y gloria

La nación del cacique Nigale sufrió más de cuatro siglos la discriminación de ser una “raza” derrotada militarmente, esclavizada y casi exterminada.

En el último año del siglo XV llegaron al Lago los primeros invasores. Durante el XVI nos atacaron múltiples veces, raptando nuestra gente para venderla de esclava en El Caribe. En los umbrales del siglo XVII se consumó la traición que diera muerte al último jefe de la resistencia; en el XVIII sobrevivimos invisibles en los caños más apartados y manglares del Lago. Tuvimos que camuflarnos entre la gente criolla para que, a duras penas, nos dejaran existir.

Llegó el luminoso siglo XIX con las gestas de Bolívar y Urdaneta, entonces soñamos la igualdad de que nos hablaban estos santos héroes. Ilusionados nos dimos por entero a las huestes convocadas por el paisano Rafael que vino de Bogotá al lado de Simón convertido en general y líder de la nueva emancipación.

Cuando el cañadero nos convidó a abrazar las filas bolivarianas lo aceptamos como dándonos de nuevo a nuestro jefe eterno Nigale. Sabíamos que sería la misma causa rediviva.

Nos enfilamos en el Batallón Zulia, sin imaginarnos que subiríamos a las mismas cimas de nuestros hermanos incas milenarios, dándoles la libertad que a todos nos había sido negada.

En el camino de piedras frías, hambre, sed, falta de aire, desmayos, nos volvimos a mirar con orgullo. Subimos de las llanas orillas ancestrales donde coexistíamos con el olvido y los esquivos cangrejos, a los gloriosos Andes de la historia fuerte que inspira himnos y enciclopedias.

Porque nosotros en ese tiempo no éramos nada. Ya la verdad oficial nos había borrado alma y presencia. El general Urdaneta, en cierta forma, nos dio una segunda oportunidad. Pero ya nuestros nombres y nombradías habían sido asesinados.

La deuda de Venezuela con el pueblo Añú

El pueblo indígena Añú, reúne una serie de características que lo hacen único en la geografía humana del país. En primer lugar debemos decir que el Añú es totalmente venezolano, ya que todo su territorio y todos sus descendientes se encuentran dentro del actual territorio de la República Bolivariana de Venezuela.

En segundo lugar, el pueblo Añú fue el que recibió de manera directa la invasión europea desde la llegada de los primeros emisarios de la monarquía castellana, enfrentando una guerra de resistencia que duró más de un siglo, del 24 de agosto de 1499 con la primera embestida de Alonso de Ojeda, pasando por la razzia ejecutada por los banqueros alemanes llamados Belsares, hasta la caída del cacique Nigale el 23 de junio de 1607, frente a las tropas del resentido Juan Pacheco Maldonado. Fueron 108 años de intentos españoles por apoderarse del lago Añú.

Pese al exterminio al que fue sometido, esclavitud y sojuzgamiento, el Añú sobrevivió aferrado a sus orillas maracaíberas. El siglo XX vio llegar la era petrolera y con ella la urbanización desordenada, la contaminación y el saqueo.

La nación Añú ha sido la más afectada por la industria petrolera, con la destrucción de su hábitat ancestral el Lago Maracaibo. El racismo anti Añú tuvo su clímax el 13 de noviembre de 1939 cuando las transnacionales y la dictadura causaron el “Incendio de Lagunillas” que destruyó mil doscientas viviendas palafíticas del ancestral Paraute, un poblado Añú con miles de años establecido en esa ensenada.

Nadie se molestó en contar los muertos, ni los desplazados, ni los deudos. No habían terminado de apartar las ruinas, cuando las concesionarias

ya perforaban nuevos pozos y levantaban los muros que convirtieron al Lago en un ser lejano, ajeno, incomodo.

Algo similar ocurrió con la industria cementera que hizo trizas a Isla de Toas, la petroquímica que envenenó la Bahía El Tablazo, el Canal de Navegación que aumentó la salinidad de suelos y acuíferos, la minería de carbón que azota los bosques y cuencas, y toda la cloaca bestial que el urbanismo caótico echa al estuario sin compasión.

Ni siquiera la Constitución del 99 ha resarcido la deuda de nuestros enormes sacrificios. Ciertos intereses ocultos han impedido la demarcación de nuestro hábitat, comenzando por la burocracia “indigenista”, tan amañada a aprovecharse del predominio de la ignorancia y la mentira.

Al Añú no le interesa ese asuntito del nombre de Venezuela, pero es cierto que nació aquí, del parecido que vio Américo Vespucio de nuestras comunidades con la Venecia italiana. Ni que la Chinita la encontró una anciana Añú, ni que la gaita y todos los aires musicales del Zulia tengan raíces Añú.

Lo sustancial de rescatar nuestra historia, nuestro ser, nuestra existencia, es el derecho de tener futuro, sin que otros avispados se plagien lo nuestro.

La agenda de lucha del pueblo Añú en este momento, pasa por: 1) El reconocimiento de estas verdades históricas por parte del Estado Nacional, 2) La demarcación urgente de nuestro hábitat, 3) La implementación urgente de un Plan de Rescate, Revalorización y Revitalización del Pueblo Añú, 4) El reconocimiento del etnocidio provocado por las petroleras (Ejemplo el incendio de Paraute), y 5) Indemnizar a los descendientes Añú por todos estos daños causados.

- 1) El Estado Nacional debe reconocer la pre-existencia del pueblo Añú en la región del Lago Maracaibo, su lucha de resistencia an-

ticolonial que duró más de un siglo, sus comunidades destruidas y esclavizadas, sus héroes y mártires, sus caciques como Nigale y Telinogaste, y todos los aportes debidamente documentados que hemos realizado a la historia patria.

- 2) Demarcación del Hábitat. Llama la atención como se ha incumplido la orden constitucional de demarcar el territorio indígena del pueblo Añú. Ya han pasado quince años y las autoridades (in) competentes no han movido un dedo. Esta negligencia agregada de la burocracia “indigenista” es culpable de muchos abusos y desafueros que se siguen cometiendo contra la nación Añú, y es la causa de la manipulación que ciertos intereses antinacionales hacen del tema indígena en la zona fronteriza del norte del Zulia.
- 3) Es urgente la puesta en marcha de un Plan Integral Socialista de Rescate Añú, eso implica revalorizar la estima étnica, el sentido de pertenencia y revitalizar el idioma y la cultura ancestral. La burocracia “indigenista” que medra y holgazanea en las curules usurpadas al pueblo Añú, carece de saber y autoridad moral para esta dura tarea. Sólo la fuerza organizada de los legítimos descendientes del cacique Nigale, hará posible esta utopía.
- 4) El reconocimiento del Estado Nacional del etnocidio de 1939 en Paraute es un punto de honor para esta lucha histórica. Un proceso de reflexión debe colmar la opinión pública para que se esclarezca todo lo ocurrido aquel 13 de noviembre. La verdad emergerá de las aguas ardientes, como los espíritus de aquellos hermanos flagelados podrán alzar su vuelo libre al manglar de las alas sangrantes.
- 5) Esta indemnización comienza por admitir el acto etnocida, reivindicar el nombre de Paraute al lugar, erigir un monumento a las

víctimas según lo que decidan los descendientes Añú, aportar un financiamiento especial que responda a las expectativas del pueblo Añú para hacer viable el Plan previsto en el punto 3 y las actividades productivas que garanticen la autonomía y el sostenimiento de las futuras generaciones Añú.

Una larga lucha comenzaron nuestros ancestros hace más de quinientos años, minimizada o negada por las elites dominantes; ya es hora que vayamos arreglando cuentas con la historia.

Manufacturas y construcciones

El tejido añú: usos del algodón y el fique

En julio de 1.500 Américo Vespucio, en su primera carta luego de llegar al Lago de Maracaibo, dice: “Hallamos una gran población, que tenía sus casas sobre agua como Venecia... y encontramos las casas llenas de algodón finísimo. Tenían también mucho brasil, y tomamos de ambas cosas”.

Lo primero que tenemos que analizar para entrarle al tema de los posibles tejidos utilizados por un pueblo ancestral, a falta de piezas arqueológicas, son los elementos del entorno natural a partir de los cuales se podría confeccionar algún tejido. El conocimiento de la ecología autóctona, con todas las criaturas del paisaje originario, es la base fundamental para la recreación del mundo indígena.

Obviar este aspecto del estudio etnológico conlleva a serios errores, como hemos notado en torpes conclusiones sobre gastronomía nativa, donde se incluyen productos vegetales o animales inexistentes en el entorno; y en elaboraciones lingüísticas, donde se trata de imponer una palabra de origen extraño como parte del idioma ancestral.

Recordemos que, el ser humano no existe independiente del ecosistema, del cual somos apenas una parte que lo integra. Más en la concepción indígena, donde la madre naturaleza es merecedora de toda consideración y respeto.

Es así que, en el caso Añú y de toda la cuenca del Coquivacoa, la existencia del algodón y el fique es antiquísima. En el continente se aprecia

el uso del algodón por lo menos hacia cinco mil años antes de la invasión europea.

De esta aseveración se tienen pruebas científicas suficientes, como la presencia de diferentes especies algodonales a lo largo de todo AbyaYala, así como el hallazgo de tejidos muy bien elaborados en decenas de sitios arqueológicos, especialmente en cementerios familiares y tumbas de autoridades indígenas.

En el Perú, por ejemplo, en la Huaca Pucllana, espectacular estación arqueológica de la cultura Lima, se han encontrado muchas prendas de vestir de confección perfecta, de diversos colores y formas, que son el testimonio vivo de una rica cultura que data del año 200 de nuestra era.

El algodón fue usado para hacer telas, mantas, paños, vestidos, hamacas, sacos, envoltorios, portabebés, separadores de espacios, gorros, ornamenta, etc...

Las hamacas se hacían de algodón y los mecates de fique. Las paredes, techos, cestas y esteras, eran de enea y mangle, fundamentalmente. Los horcones de vera y otros árboles de maderas duras.

Bessón señala que “usaban hamacas y chinchorros para dormir y descansar”. (106) “Esteras de enea eran fabricadas toscamente y llegaron a tejer telas que aunque burdas, les fueron muy útiles para muchas necesidades” (108).

Rafael Strauss, en su obra *El Tiempo Prehispánico de Venezuela*, comenta que “entre los productos agrícolas están el maíz y la papa... la yuca dulce, frijoles...aprovechaban el fique (cocuiza) para hacer tejidos... así como el algodón”. También productos que se comerciaban desde los Andes con pueblos de la cuenca del Lago, eran “mantas, chimó, esteras de agave y

junco, vestidos de algodón, tejidos de fique, piedras consideradas preciosas como la nefrita y la serpentina...”.

Los investigadores Mario Sanoja e Iraidá Vargas, en su obra *Orígenes de Venezuela*, señalan que “Debido al gran desarrollo de la artesanía alcanzado por las comunidades indígenas jerárquicas, en breve tiempo pudieron los encomenderos castellanos constituir extensos obrajes para la manufactura de telas de algodón utilizando las destrezas indígenas para beneficio, esta vez, de los encomenderos españoles, no de los antiguos señores caquetío o jirahara”.

Siendo que estas dos naciones, caquetíos y jiraharas, coexistieron con los habitantes originarios del Lago de Maracaibo, es normal deducir que el pueblo Añú también conoció el uso del algodón; incluso, si no hubiese llegado a trabajarlo directamente, al menos lo hubiera obtenido del trueque frecuente que mantenía con los vecinos.

La antropóloga Nelly Velázquez, al referirse a los circuitos económicos de la región andina venezolana, afirma que “otro renglón importante en la actividad comercial que se desarrolló...durante el siglo XVII fue el algodón. El aprovechamiento inicial de este producto se relacionó con la actividad semimanufacturera del algodón, la cual tomaba cuerpo en la elaboración de hilo y lienzo. (...) Además estos rubros fueron fundamentales para el intercambio...que se realizaba en los puertos de la cuenca del Lago de Maracaibo”.(Población indígena y economía. Mérida siglos XVI y XVII, 1995)

Estudios doctorales de la Universidad de Sevilla (Parra, I. 1984) establecieron que desde 1579 se exportaban telas de algodón desde el puerto de Maracaibo hasta otros lugares del continente. Se tienen cifras de este negocio entre 1591 y 1613.

Evidentemente, para esta fecha temprana de la presencia europea en nuestra región, hubiese sido imposible para el invasor alcanzar esos niveles de negocio sin el aprovechamiento del saber indígena sobre la materia. Obsérvese que el periodo citado comprende la época en que el cacique Nigale desarrolló su gesta de resistencia, hasta su muerte en 1607.

Ya por entonces las haciendas de encomenderos y repartimientos de indios, producían, para aprovechamiento del invasor, los productos autóctonos que éstos sumaron a sus haberes para consumo y comercialización. Algunos de ellos fueron: Maíz, Frijoles, Yuca, Batata, Fique, Cacao, Tabaco, Auyama, Algodón, Apio, Pesca, Hilos, Lienzos, Carnes de Cacería, Sal, entre otros.

«Hilan las indias no solamente en sus casas, sino también cuando andan afuera de ellas, ora estén paradas, ora vayan andando, que como no lleven las manos ocupadas, no les es impedimento el andar para que dejen de ir hilando, como van las que encontramos por las calles» Cobo, Bernardo. Historia del Nuevo Mundo, 1653. Madrid, Atlas, 1956. Cap. XI, pág. 258.

En lugares no muy distantes de la actual Colombia, “La calidad de los hilos y de las piezas textiles encontrados en las regiones de Cundinamarca, Boyacá y Santander, evidencia que el algodón ocupó un lugar destacado en las sociedades precolombinas. Otra de las fibras importantes entre los tejidos muisca y guane es el fique, planta originaria de América tropical, que ha estado siempre ligada con la vida campesina. Al contrario del algodón, el fique no estuvo relacionado al uso personal, pero sí a la elaboración de productos que todavía hoy perduran como cordelaría, aperos, y gran variedad de mochilas”.

Fray Pedro Simón, en sus Noticias Historiales de Venezuela, Tomo I, habla de “gran suma de algodones”; y respecto del vestido dice: “traen cubiertos más que las partes de la honestidad”.

Sobre el tipo de vestido usado ancestralmente por las comunidades lacustres, disponemos de la información transmitida en los documentos castellanos, en los que se basa Fray Pedro Simón y el resto de cronistas hispanos.

Pero más allá de esa visión estrecha del conquistador, plagada de prejuicios religiosos, de prepotencia cultural y, en muchos casos, de racismo, tenemos la opción de recrear el mundo indígena a partir de lecturas críticas de aquéllos documentos coloniales, más el análisis comparado con las prácticas de pueblos vecinos en la región geo-histórica, y con el conocimiento a fondo del entorno natural de la vida indígena.

Un elemento determinante del tipo de vestido es el clima. Las cálidas temperaturas de la zona junto a un alto nivel de humedad en la atmósfera, hace lógico concluir que las ropas fuesen ligeras en la cotidianidad; lo que no contradice la utilización de atuendos más completos en temporadas de frentes fríos, de octubre a febrero, o para la protección de los insectos molestos que abundaban en las riberas y manglares.

Sin ninguna duda podemos afirmar que el indio Añú del Lago de Maracaibo y sus ríos, fabricó de algodón sus guayucos. También usaron esta fibra suave para cubrir a sus bebés del frío nocturno y la plaga. La mujer, además de vestir sus partes reproductivas, podía usar pañuelos para recoger el cabello durante ciertas faenas. En tiempo de embarazo y lactancia, era menester proteger sus mamas de las picadas de mosquitos y otros insectos, así como de la inclemencia solar. Por eso usaban cierta forma de túnicas o mantas, cuyo nombre ancestral desconocemos, pero si sabemos que se asemejaban a las que aún utilizan pueblos indígenas de la región costera caribe de Colombia y Sierra Nevada de Santa Marta.

Este tipo de vestimenta, sin mangas, cuello redondo, con una pequeña ranura en dirección al medio del pecho, de largo hasta las rodillas o hasta la batata, fue de uso común entre niñas y niños, entre varones y hembras, dependiendo de la ocasión y época del año.

Jahn lo comenta en su obra *Los aborígenes del occidente de Venezuela*: “El traje de los paraujanos se compone del guayuco (walín, táchi) sobre el cual usan los hombres para presentarse en público, camisa y calzón y las mujeres la misma amplia bata de las guajiras. En la cabeza usan el sombrero de paja corriente en el país (araná) y rara vez se les ven los pies calzados con la sandalia o cotiza (kotise). Las mujeres se cortan el pelo a la altura de la nuca, pero ya esta moda va desapareciendo y se observan muchas con largas trenzas. Gustan mucho de adornarse con collares (tikire), pulseras (budún), zarcillos (chöbra) y anillos en los dedos (mé)”. (Tomo I, págs. 203-211, Monte Ávila Editores. 1973)

El fique sirvió y sirve aún para mecates, cuerdas, sacos, aperos en general. Por su rudeza, es usado muy poco en la hechura de ropas, y tiene su ámbito natural de uso en la elaboración de útiles para el trabajo, aunque también algunos pueblos lo incorporaron a la confección de calzados como la cotiza o alpargata.

Sobre la cocuiza, encontramos esta ficha resumen elaborada por el biólogo Carlos Tirado del Jardín Botánico de Mérida: “Las hojas son utilizadas desde épocas precolombinas para obtener fibras y elaborar cuerdas (cabuyas o mecates), hamacas, fajas, calzados (alpargatas de cocuiza), bolsos y otras artesanías, mezclada con el barro como aglutinante en la construcción de muros y paredes de adobe, sus vástagos funcionan como vigas en los techos de las casas, machacadas se aplican a tumores provocando su supuración y reducción. Las flores se consumen como encurtidos (en Pecaya en el estado Falcón le dicen bicuyes o magueyes), producen un néctar

apetecido por mariposas, aves y murciélagos. El cocimiento de la raíz se emplea para trastornos menstruales y dolores de la vejiga”.

En el caso añú, todo lo relacionado con la pesca y la construcción tuvo en el fique un aliado insustituible. Esta fibra dura fue utilizada en la fabricación de redes y atarrayas, amarras de arpones, juntas de flechas y hachas. En la construcción sirvió como cuerda para arrastrar grandes maderos por tierra o a través del río y el Lago.

La construcción Añú: el mangle, la vera, la enea

El hogar Añú es la tapiña, cuando se trata de la vivienda personal, y wapiña, cuando se refiere al nos colectivo. El palafito es la típica casa “paraujana” porque somos un pueblo acuático por naturaleza. Entre otras ventajas, la vivienda palafítica prevé al residente de varios riesgos: peligro de grandes fieras terrestres como el puma y el jaguar, acecho de plagas abundantes en la sombra del bosque halófito, y posibles ataques de enemigos desde tierra firme.

También reseñamos el confort que ofrece el palafito al aprovechar la frescura de la brisa, que permea entre varas de mangle y esteras de enea, creando un microclima que mitiga el sopor de la canícula.

Recordemos que los Añú son “señores del Lago”. Tienen el control absoluto del agua y son los mejores marinos de su lar. Desde su antigua presencia en el estuario hasta la llegada del invasor europeo, nadie les competía en su ancestral nación; de tal forma que la disposición de las habitaciones agrupadas en pueblos lacustres, interconectados por angostos pasos de mangle, y la disposición de abundantes embarcaciones de diverso tamaño, atadas a los horcones que sostienen las casas, les daban la seguridad del espacio fiscalizado ante cualquier incursión inoportuna.

El mangle es el protagonista de la arquitectura Añú. Con sus maderas se hace la armazón de vigas y piso, se construyen los puentes vecinales y planchadas para las labores colectivas. El bosque de manglar es sagrado para el Añú. Allí viven los animales protegidos por sus creencias, y allí van los mohanes a encontrarse con la luz interior que cuida la vida del pueblo de agua.

Todavía hoy, en pleno siglo XXI, el Caño Manatí, en los manglares de esa hermosa franja verde frente al Moján, nos invita a adentrarnos en el deleite primigenio de nuestros antepasados. La estadía en su oscuridad traslúcida es alucinante. Sólo contemplación y paz espiritual nos regala con su silencio milenario.

El Añú sabe la importancia de este ecosistema para la reproducción de la vida. Lo usa con reverencia, lo cuida de sus propias exigencias, y sólo toma de él lo que generosamente le permite para morar en su seno como hijo agradecido.

Pero el Añú también tiene un bosque seco tropical en la planicie del Lago, especialmente en las riberas de los ríos que llegan al estuario lacustre cerca del estrecho. El Macomiti es uno de ellos, que se derrama en Moján endulzando la bahía de Urabá, con su isla de Toas como monumento pétreo de la indianidad maracaibera.

El Macomiti, hoy río Limón, era la fuente de muchos recursos del pueblo Añú, empezando por sus aguas, más los frutos y maderas de su cuenca; se conoce que lo navegaban con gran facilidad y tenían muchos pueblos en sus orillas, incluida la añeja comunidad típicamente “paraujana” de la Laguna de Sinamaica.

Los hallazgos de ruinas arqueológicas, miles de piezas de arcilla y petroglifos, lamentablemente destruidas durante la construcción de los em-

balses de Tulé y Manuelote, así como con la minería del carbón a cielo abierto en Guasare, indican la presencia de pueblos ancestrales en toda la extensión de esta cuenca.

El recurso maderero en la zona Añú era abundante. Árboles de vera, curarire, roble, jabillo, jobo, cedro, caoba, gateado, apamate, caro, samán, mijao, copaiba, ceiba, camoruco, algarrobo, todos fueron usados racionalmente tanto en la construcción de viviendas como de embarcaciones.

La vera ocupó un lugar privilegiado en la arquitectura, porque constituía la mejor madera para las bases del hogar lacustre. Su dureza y alto contenido de resinas la hacía inmune a la erosión acuática, al punto que los horcones hecho con su madera llegaban a petrificarse con el tiempo simulando columnas marmóreas, como las que vieron varios cronistas de Indias en su paso por nuestras costas, como fue el caso de José Oviedo y Baños en 1686.

La vera posee la cualidad de contener aceites y resinas poderosas, actuantes como anticorrosivos marinos, lo que le da durabilidad y fortaleza a las construcciones sobre sus troncos. También sus linfas tuvieron usos medicinales.

La enea es el material complementario para la construcción de viviendas, también usado en artesanías utilitarias diversas, cestería, colchonetas, separadores, etc...

Tiene en común con el mangle, que vive con parte de su cuerpo dentro del agua, es perenne en los ecosistemas acuáticos poco movibles, y funge como reservorio de una gran variedad de especies animales nativas o migratorias. Su presencia se extiende a casi todo el continente americano, desde Norteamérica hasta el sur, con las famosas casas flotantes de los indígenas en el lago Titicaca.

Impresionantes embarcaciones se han construido de esta gran hierba, que, entretejida con pericia, es capaz de soportar arrematadas olas oceánicas.

En el palafito Añú, la enea sirve de techo y pared, como también de catre y cestería. Todo de ella se usa, como la delgada varilla que sobresale de sus hojas, útil por su liviandad para hacer flechas de cacería menor, y para fabricar instrumentos musicales, preferiblemente de viento. En la etapa contemporánea ésta funge como verada del furro en la tradicional gaita zuliana.

En su hábitat hídrico la enea sirve de refugio a la cría de peces, tanto en la fase de ovar los adultos como en la de crecer los alevines, que encuentran en sus raíces el escondite necesario contra la voracidad de predadores.

De su paso por algunos poblados Añu entre 1912 y 1914, el antropólogo Alfredo Jahn, dejó la siguiente descripción: “Las casas son generalmente pequeñas y se componen de una choza que sirve de vivienda y otra contigua, abierta, en que se tiene la cocina. Los principales horcones de estas dos chozas se hallan enclavados en el fondo del lago, más o menos 80 centímetros o un metro debajo del nivel del agua. El piso de ambas está formado por una serie de varas o latas amarradas a los horcones y entre una y otra hay algunos estantes también enclavados en el fondo que sólo sirven a dar mayor estabilidad al piso, el cual generalmente se encuentra 1,20 metros sobre el nivel del agua. Los horcones tienen 1,20 metros sobre el pido de la casa y soportan delgadas soleras que van unidas por tirantes y estos últimos amarrados por bejucos en dos aguas, de 45 grados de inclinación, de suerte que los principales sobrepasan los horcones en 1,80 a 2 metros. Cada medio metro están fijadas sobre la solera las costillas o viguetas y sobre éstas las latas donde se fijan los manojos de enea o palmas que sirven de cubierta a la techumbre. La choza que sirve de vivienda está

forrada en contorno por esteras de enea y la puerta es un hueco de 1,20 x 0,70 que se cierra por medio de otra estera. La generalidad de las viviendas son de unos 3,60 a 4 metros de ancho por 4 ó 5 metros de largo; pero existen algunas de mayores dimensiones, según la necesidad y el número de personas que integran la familia”.

Artesanía: utensilios, herramientas y armas

Apunta Jahn que: “En el interior de las chozas se observa que el piso de la vivienda (jalá) está generalmente cubierto de esteras o cueros de res (jundó-pa) y de venado (jundó-irama) para impedir la entrada de viento por entre las varas o latas de que está hecho aquél. Junto a las paredes se ven algunas trojes (jürgúgoh), cubiertas con esteras, que sirven de lechos. Hacia el fondo de la vivienda algunas hamacas (jamáj) están colgadas de soleras y tirantes y del techo (nounagá) penden algunos objetos, como taparas (arit) y pequeños sacos con los utensilios de coser y tejer. Sobre las paredes cuelgan de las soleras los cordeles (jappu) y anzuelos (kuir). Entre techo y pared se hallan encajados canaletes (anáichi), arcos (wréich) y flechas (wakét). En la choza destinada a cocina hay una pequeña superficie del piso revestida con una gruesa capa de arcilla o algunas lajas, sobre las cuales tres piedras hacen las veces de fogón (kig-gigah) y en pequeñas trojes se hallan ollas (wira), cucharas (warich), cuchillos (meh) y demás útiles”.

La arcilla es el material de tierra más común entre los usados por nuestros ancestros para fabricar sus utensilios del hogar y la cocina. Tasas, vasos, totumas, vasijas, tinajas, platos, budares, hornos, todos podían ser hechos de barro, bien en la modalidad de secados al sol, bien cocidos en hornos o en leña ardiente.

Entre las cosas que la comunidad Añú solía tener en tierra, estaba la del trabajo alfarero. Aún en décadas no muy lejanas, era común ver los

hornos artesanales en nuestros pueblos, como herencia de aquella cultura ancestral.

Los huesos, espinas y púas de raya tenían gran utilidad para diversos fines, pero especialmente para anzuelos, arpones, agujas de tejer, y puntas de flechas.

Sorprendió a los primeros invasores la destreza con que los habitantes del Lago pescaban con sus arpones y cazaban con sus arcos y flechas. También les era reconocida la habilidad para nadar, la resistencia física y la sana alimentación, basada especialmente en pescado, yuca, maíz y frutos naturales. Raramente cazaban animales de tierra, particularmente algún venado, que habiendo sido muy abundante en la región, los españoles se encargaron de exterminar.

El indígena lacustre obtiene el fuego de la frotación de maderas duras y secas, y de la fricción de piedras comunes, alimentándolo con el mene que brota espontáneo en sus predios, así como de aceites extraídos de plantas leguminosas o con grasa animal.

La cocina combina armoniosamente lo crudo y lo cocido. Mientras la yuca la prefieren sancochada, el pescado lo comen asado sobre las brasas, al estilo barbacoa, o lo cuecen envuelto en una mezcla de arcilla y sal.

Las almejas frescas pueden comerse crudas, pero los camarones y cangrejas cocidas. Las especies más apetecidas por el paladar Añú son la curvina, el robalo, el pámpano, la guacoa, la lisa, el bocachico y el armadillo o corroncho. También gustaba el cazón, cuando entraba desde el mar en ciertas temporadas, y el bagre de gran tamaño. Respecto de la raya, chucho o mantarraya, es probable que los Añú tuviesen cierta abstinencia de consumirlos, por la presencia de veneno en sus púas y ciertos mitos en

torno a estos animales, los cuales aparecen en las pocas joyas de oro que reportan haber robado los invasores europeos.

Relación similar con hechos místico-religiosos guardaban el manatí y la tonina, por la referencia permanente a lugares sagrados, y determinadas leyendas, que gracias a la terca resistencia oral hemos escuchado de ancianas y ancianos “paraujanos”.

Sobre las armas y tácticas guerreras, compartimos este escrito del historiador y arqueólogo Camilo Morón, que ilustra y documenta en forma erudita un pasaje muy particular de la resistencia del pueblo Añú contra la invasión europea en el Lago de Maracaibo: “Revisando las páginas amarillas como las arenas de los médanos, de *Cultura Falconiana* (Volumen 1, n° 1, 1980), en la sección *Rescate*, bajo el título *Primera Descripción de Coro*, dimos con una de las primeras noticias de la resistencia armada de los indígenas americanos contra las agresiones de los extranjeros venidos de ultramar. La relación la debemos a la pluma de joven Titus Neukomm, está fechada en Coro, el 6 de septiembre de 1535. En ella describe la apariencia, los ornamentos, las armas, los usos y la gastronomía de los pobladores originarios de la comarca. Dice de sus armas: *Para su defensa lleva el hombre un arco con el que tira muy seguro y lejos; y así como en nuestras tierras se fija hierro en las puntas, así ellos las hacen de hueso de pescado y de los dientes de pescados grandes. Las untan con el veneno de una planta, que si a alguno con ellas y sacan su sangre, este tal vez tiene que morir porque no hay remedio para ello*. Esta es la primera referencia a las toxinas que empleaban los aborígenes para incrementar la letalidad de aquellas armas sencillas y eficaces. Puede que esta sea la primera mención del temible *curare*...

Por los mismo días de la carta del joven Neukomm, el 23 de febrero de 1535, Felipe von Hutten, agente militar y político de los banqueros Welser, escribía desde Coro a Matías Zimmerman en Alemania: *No poseen otras armas que unas largas lanzas, hechas de palma, e unos arcos, con[flechas] de punta de jibión semejantes al hierro afiladísimas, que nos dificultan sobremanera el ataque. Con una de estas flechas ha atravesado un indio una piel de venado tres veces doblada que yo le había colgado. Y así, aun cuando no conozcan el hierro, no hay razón alguna para menospreciarlos.*

Neukkom hizo un dibujo de aquellos indígenas que hoy está perdido; pero he aquí su retrato hablado: *Con referencia al joven Ulrich Sailer no tengo que escribirte nada especial sino que murió miserablemente. Había ido a un agua grande [el lago de Maracaibo], distante cerca de cuarenta millas de aquí, a fin de proveer a los cristianos de maíz y comida y llevarla. En llegando con el navío, la mitad de los cristianos desembarcó en pequeños botes como los que tienen los indios, pues navíos grandes no pueden aproximarse a la tierra sino a una distancia de un cuarto de milla. Los indios recibieron a los cristianos con amistad y les dieron o vendieron lo que ellos tenían de maíz y comida. Y al tiempo que los cristianos quisieron volver, cogieron algunas bonitas mujeres de los dichos indios para llevárselas consigo. Entre ellos estuvo también el joven Ulrich Sailer, quién tomó una. Los indios no se opusieron a ello y hablaron entre sí. Cuando los cristianos quisieron trasladarse al navío grande, llevaron a los indios en los pequeños botes. Había unos catorce cristianos y tres o cuatro indios. Y cuando estuvieron a la mitad del camino hacia el navío, los indios hicieron zozobrar sus pequeños botes. Y como los indios están en el agua como las ranas, subieron inmediatamente en sus botes, y con sus arcos y flechas mataron a los cristianos en el agua, unos con otros, es decir cerca de catorce. ¡Dios les dé su gracia y misericordia!*

Sin duda es éste un documento fundamental para reseñar la realidad de una guerra genocida que fue negada por la “historia oficial”. Luchemos pues, como esos héroes ancestrales, nuestros abuelos, para reivindicar su gesta.



Los añú en la historiografía hispana y republicana

“Cuando los españoles descubrieron la primera vez esta laguna, hallaron grandes poblaciones de indios formadas dentro del agua por todas sus orillas, y de aquí tomaron motivo para llamarla Venezuela, por la similitud que tenía su planta con la ciudad de Venecia; nombre que se extendió después a toda la provincia, aunque al presente sólo han quedado cuatro pueblos, que mantienen la memoria de lo que dio fundamento a la causa de su origen”.

Así reseña José de Oviedo y Baños la situación de los pueblos originarios del Lago para 1686, cuando él visitó estas orillas, develando sin proponérselo, lo diezmados que habían sido nuestros ancestros por la acción del invasor.

Es obvio que en esa fecha aún los invasores más letrados, desconocían absolutamente la realidad indígena, como se puede comprobar en este párrafo de la obra de Oviedo y Baños: “Sus costumbres en la gentilidad fueron bárbaras, sin política, gobierno, ni religión, que los acreditase racionales, pues aunque convenían todo en ser idólatras, valiéndose de piaches y mohanes, para consultar al demonio, y observar sus agüeros y supersticiones, se diferenciaban todos en las circunstancias del culto; pues no teniendo Dios general a quien adorase una nación entera, cada indio de por sí rendía veneración, atribuyendo divinidad al objeto que más le inclinaba su afición, y así era muy raro el animal, sabandija, cerro o peñasco que no tuviese algún devoto que con obsequio de sumisión le consagrara aras de rendimiento...”

Como se sabe, la palabra Añú nunca apareció en la crónica de los conquistadores ni en la historiografía republicana hasta finales de los setenta y comienzos de los 80 del siglo XX, cuando algunos lingüistas, etnólogos, antropólogos e historiadores comenzaron a introducir el término para referirse a los indígenas originarios del Lago de Maracaibo.

El prolijo historiador Juan Besson, autor de la Historia del Zulia en cinco tomos voluminosos, aunque con un enfoque eurocentrista, realizó el trabajo más serio que en la materia yo conozca; de hecho, muchos piratas que se precian de *académicos e historiadores*, sólo han copiado, palabras más palabras menos, lo que escribió Besson, sin ocuparse de revisar los documentos originales o consultar los aportes multidisciplinarios que han ofrecido ciencias cooperantes de la historia como la arqueología, la antropología, la etnología, la lingüística y la sociología. Mucho menos se han molestado en conocer el mundo indígena y adentrarse en la convivencia y la cosmovisión ancestral de los pueblos autóctonos de la región de Maracaibo y Venezuela.

Al referirse a los pueblos indígenas del Lago, Besson señala: “En la isla de Zapara, a la entrada del Lago, había en la época del descubrimiento una tribu numerosa que había tomado el nombre de dicha Isla y cuyos indios se llamaban Zaparas. Con las guerras se habían aminorado mucho, pues varios habían sido tomados también como esclavos; pero los que restaban se habían empeñado en residir en la Isla y no habían querido huir hacia el Sur del Lago, como habían hecho muchos otros. Subsistían de la pesquería y procuraban llevar su vida lo menos agitada posible, aunque siempre se veían obligados a tener algún comercio con los españoles, pues la población de Maracaibo se imponía como centro de abastecimiento e intercambio”.

Nótese que el concepto “descubrimiento” ubica al autor en la corriente tradicional de la historiografía nacional que, racismo subrepticio o explícito, ignoran por completo la preexistencia de los pueblos originarios y asumen que todo comenzó con la llegada de los invasores.

Besson hace un rápido paneo por las poblaciones indígenas en el Lago de Maracaibo, de seguro tomando acríticamente como referencia la cuestionable “etnología” de los cronistas invasores. Lo pinta así: “Dando una rápida ojeada e los aborígenes, vemos que los Bobures eran numerosos, pero poco belicosos. Andaban desnudos completamente y usaban por arma una cerbatana por donde disparaban sus flechas. Estaban muy relacionados con los Quiriquires y Pomenos, y comerciaban frecuentemente con ellos. Todos tenían poblados palafíticos. Su asiento principal era el hoy (Municipio) distrito Sucre, y de allí viene a la capital de éste el nombre de Bobures. Los Buredes se señoreaban de la sierra donde nace el río Comiti. Los Quiriquires se extendían desde Encontrados hasta La Ceiba y cerca de Gibraltar. Los Guanos eran unos indios de alta estatura, que vivían cerca de la sierra de Perijá y tenían la particularidad de trabajar el oro. Los Pomenos vivían en los cerros que existían entre los ríos Tarra y Catatumbo, donde han quedado hoy señoreando los Motilones. Éstos siempre han sido una tribu brava, indómita, y en todo momento en guerra con los españoles. Sus correrías llegaban a veces hasta la misma orilla del Lago”.

Es evidente que ninguno de estos términos coincide con la denominación actual de los pueblos indígenas del Lago y su región. Exceptuando la palabra “Motilones” con la se llamó erróneamente a Yukpas y Barí en el siglo XX, el resto ni siquiera existen.

Según Nectario María: “los onotos poblaban la parte septentrional de la laguna de Maracaibo en sus márgenes del este y oeste, particularmente

sus riberas occidentales. Sus agrupaciones en palafitos y en sitios adecuados de las orillas lacustres y aún en las riberas del Macomite, hoy Socuy o Limón, y otros caños de menor importancia, los había acostumbrado a una vida acuática. Poseían muchas canoas, eran diestros pescadores y tenían frecuentes contactos con los del sur de la laguna perteneciente a la provincia de Juruara, los Bubures y Quiriquiries, con quienes comerciaban, trocando sus productos, que consistían en pescado y sal, por maíz y batatas. Extendían también sus transacciones a los Cuicas de la provincia de Comunere o Comuneri, nombre primitivo de las accidentadas tierras andinas de Trujillo”.

El respetable historiador no utiliza la denominación “zapara”, y en cambio se pliega al término “onoto”, que fue utilizado por viejos cronistas que tomaron ese nombre de la costumbre añú de untarse un preparado de las semillas del onoto o achote, para protegerse del sol inclemente y como repelente de insectos. También se usaba el onoto como tinte para tejidos o pintura de objetos arcillosos o madereros.

Si se nota el uso de “Bubures (con u) y Quiriquires”, que seguro tomó de los mismos cronistas que copió Besson.

Nectario María especifica que estos “onotos” son de la parte norte del Lago, “en sus márgenes del este y oeste”, y que también ocupan las riberas del río Macomite, Macomiti o Comití –como lo llama Besson- que corresponde a la cuenca hidrográfica formada por Guasare, Socuy y Limón.

Quien fuera Gobernador de la Provincia de Venezuela desde 1546, Juan Pérez de Tolosa, durante alguno de los juicios de residencia que se llevaron a cabo en su gestión, dejó este testimonio: “la gente que habitaban la laguna eran de nación Onotos”, refiriéndose a los mismos que en los informes de la tropa de Alfinger llaman “enotos”. Dice Pérez de Tolosa que “Estos

indios no siembran, son señores de la laguna, pescan con redes y anzuelo muchos géneros de pescado que hay muy excelente, y este pescado venden a los indios bubures de la provincia de Juruara, a trueque de maíz y yuca y otras cosas. De esta manera unos y otros tienen pescado y maíz”.

Sigue Tolosa: “Estos indios Onotos tienen sus casas dentro de la laguna, armadas con sus tabladas. Sírvense con sus canoas en la laguna. Son valientes hombres. Pelean con arcos, flechas y macanas”.

Alfinger a su estilo lo dijo así: “La nación de los Enotos tiene grandes pueblos y es gente muy belicosa y temida de las otras naciones”. Él lo comprobó en su primera estadía por el Lago, cuando a sangre y fuego robó una buena cantidad de oro. Alfinger reseña la existencia de tres pueblos onotos muy poblados en la desembocadura del Macomiti, hoy río Limón. Sin duda se trataba de la bahía de Urubá, desembocadura del río Limón frente a Moján.

El banquero alemán navegó durante tres días las corrientes del Macomiti, adentrándose en las espesuras del bosque tropical y gustó tanto del lugar que proyectó el establecimiento de una ciudad en sus riberas, utopía que no coronó por su afán de seguir la ruta del oro hacia predios del Guatapurí y el Catatumbo.

José de Oviedo y Baños, que en 1.723 publicó su Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela, comete el error de llamar “Cocinas” a todos los pobladores originarios desde Maracaibo hasta Río de Hacha, siempre tildándolos de bárbaros.

Fray Pedro Simón: versión sobre la captura de Nigale

El capitán Pacheco, en Maracaibo alzó velas y se dirigió hacia la Barra, ya cerca, le salió al encuentro una canoa, con dos indios y llegados a que los pudieran oír los de los barcos, preguntó uno con voz bien atrevida

que quienes eran y a donde iban, a quien el capitán respondió: Que quien era el que lo preguntaba, y el indio: Yo soy Nigale. Este era el principal de aquellos indios zaparas, no sé si por ser cacique o a quien obedecían, como al más valiente, como suelen algunas de estas naciones. El capitán le dijo: Llégate acá, que me alegro mucho de encontrarte, porque yo soy Juan Pacheco, y sabes que tengo obligación de quererte bien; esto dijo porque el Nigale había sido paje de su padre, el capitán Alonso Pacheco, en aquel pueblo, cuando lo fundó como dejamos dicho. El Nigale respondió en lengua castellana, en que era bien ladino: Pues si me quieres bien, ¿por qué me vienes a hacer guerra a mí y a mi gente, con esos soldados?; respondiéndole el capitán: Yo no pretendo hacerte guerra ni mal alguno, pues sólo los traigo por el miedo que tengo a ti y a tu gente, que no habéis de dejar cargar estos barcos de sal, que es a lo que vengo; pues ya podrás echar de ver la falta que tenemos de ella en Trujillo, después que tu gente os alzaste, y si tú con ella me los quisieras cargar, te lo pagaré muy bien, y sin pasar adelante tomaré la vuelta del puerto. Esto decía el capitán Pacheco, porque la salina que abastece toda aquella tierra, estaba en la de estos indios. No había acabado esta razón el capitán, cuando ya tenía el Nigale fabricada la traición y modo que había de tener para matarlos a todos, en que tampoco se descuidó Pacheco, pues a lo mismo fue tirando en esto que le dijo. Aceptó luego el indio (para asegurar más lo de presto fabricó) diciendo lo haría con gana, porque le quería bien, por ser hijo de su amo, y a todos los de Trujillo, porque nunca les habían hecho mal. Concertáronse, y que al otro día viniese el indio a la salina, que está como una legua de la barra, y trajese su gente, porque él iba con la suya y los barcos a hacer noche en ella. Aceptó esto Nigale, con condición que no había de sacar armas el capitán ni sus soldados; el Pacheco le dijo fuese así; pero que tampoco él ni su gente las habían de traer. Despidiéndose con esto el indio muy contento, sin querer recibir nada de lo que le quería dar luego el capitán, haciendo cuenta que allí se le tenía

seguro, y lo demás que traían en los barcos, para el día siguiente, que llevaba por sin duda el haberlos a las manos. Lo que le quedó del día, y toda aquella noche gastó Nigale en avisar a su gente y asegurarlos de la presa cierta que tendrían presto guardando la traza que les daba en el embestirles, con que todos, codiciosos de lo mismo, al quebrar del alba, ya estaban junto con todas sus mujeres y chusma, dentro de un estero escondido a la banda del este en tierra firme, como dos tiros de mosquete de la isla. De aquí salieron los indios en sus canoas, que eran hasta veinte y cinco, y en otras quedaban sus mujeres con las armas y orden, que en viendo la seña que se les debía de hacer, viniesen todas (que sabían bogar y nadar tan bien como ellos), con achaque de que les traían de almorzar. Llegaron a la isla todos muy alegres, con sus levantados penachos de varias plumas, el Nigale el primero, donde halló al capitán Pacheco desembarcando con su gente, a los que les había dicho que de secreto llevase cada uno un cuchillo jifero, metido sin se viese, entre la manga y el brazo, para lo que se ofreciese, porque aún no tenía dada traza del modo que habían de tener para acabar con los indios, por no saber la ocasión que se podía ofrecer, aunque todos habían de estar alerta, para no dejar perder alguna. Alborotándose los dos capitanes, y con palabra de amistad se la dieron y las manos, que de allí adelante habían de ser grandes amigos, y para señal de esto mando a sacar el capitán Pacheco una petaca de bizcocho con que almorzasen todos, y viniendo liada con unos látigos de cuero yertos y secos, cuando la fueron a abrir no podían, y diciendo el capitán que cortasen el cuero, respondió el soldado que andaba por abrirla muy enojado... ¿hémoslo de cortar con los dientes, si vuestra merced manda que ni aun un cuchillo saquemos? No se alegró Nigale poco de esto, pareciéndole tenía más segura su presa. Al fin, con un hueso de un pescado que se toparon allí, que era a modo de sierra, cortaron el cuero y sacaron el bizcocho, de que tomaron a su gusto todos los indios, fuera de Nigale y otro más valiente que los demás, que parece

que por más graves se retiraron un poco; a los cuales dijo el Pacheco, tomemos nosotros también un bocado para beber una vez de vino, que luego sacarán para que haga muy bien de almorzar. Llegó en esto el capitán a la petaca para tomar bizcocho, y los dos indios con él, pero al tiempo que se bajaron los asió fuertemente a ambos de los cabellos con ambas manos y diciendo “¡Santiago!”, cada dos soldados que estaban arrimados a un indio, entreteniéndolo y chocarreándose con ellos, se abrazaron al que les cubo animosamente, y sacando sus cuchillos con la brevedad que pedía el caso, les abrían las barrigas por estar todos desnudos, y en un punto los tenían destripados casi a todos; si bien hubo indio que con las tripas por el suelo, con la furia y ansias de la muerte, metió a sus dos soldados forcejando en el agua, y si otros no los socorrieron, que estaban ya desocupados por tener muertos o amarrados a los que les cupieron por suerte, los ahogara en ella. El capitán Pacheco estaba forcejeando con sus dos valientísimos indios, donde hizo buena prueba de serlo también él, y de su valiente ánimo tanto como lo es su cuerpo, que es de la mayor estatura y bien proporcionada que tiene aquella tierra, y de poco más de treinta años que tenía a la sazón; al fin acudiéndole con socorro y algunas heridas que dieron a los dos indios otros soldados, sin habérsele podido entre tanto escapar de sus manos los dos, los amarraron como hicieron algunos soldados a otros, que por todos quedaron presos once, algunos muy mal heridos y otros no tanto, y los catorce muertos sin que soldado ninguno peligrase.

Metieron los presos con seguras guardas y prisiones y luego en la cárcel de Maracaibo donde estuvieron hasta otro día, tan triste y melancólico el capitán Nigale que por muchas que le dieron para a hablar desde que lo prendieron, no le pudieron sacar una palabra; y aquella noche, estando preso, se arrancó pelo a pelo unas barbitas y bigotes que tenía y se los fue comiendo uno a uno. Luego otro día los ahorcaron a todos.

Carta del gobernador Sancho de Alquiza al rey el 15 de julio de 1607

Y permitiendo Dios que daño de 14 años que no pudieron reparar tanto gobernadores tuviese fin, habiendo yo dado orden que se despachasen las fragatas con harinas para Cartagena y que a ello saliesen a la boca de la barra, donde estos zaparas están poblados, algunos soldados e indios amigos, la di secreta al capitán Juan Pacheco Maldonado para que debajo de amistad, saltase a tierra con parte de ellos sin armas y otros por otro lado con ellas, como hizo víspera de San Juan pasado, con tan buen suceso que solo cinco de esta nación de zaparas se escaparon y los demás murieron y se cogieron a las manos y entre ellos los principales, de quien se hizo justicia en la Laguna y alguna familia se repartió entre los soldados más menesterosos y que sin otro premio han servido. Doy este aviso a vuestra Majestad, con reputación de uno de los más importantes que podré dar en esta tierra en mi tiempo, porque en los pasados y en éste, se ha vivido en aquel distrito, con mil inquietudes y cada día muertes de los que salían al castigo, además de la toma de navíos que estos indios han hecho con esclavos y otras, haciendas que tenían más valor de 80 mil ducados.

Agustín Codazzi: “Resumen de Geografía de Venezuela”

ETNOGRAFÍA

Á pesar de su pequeña población, Venezuela es una de las partes que ofrecen mayor número de pueblos diferentes que hablan distintos idiomas.

Según el apreciable Atlas Etnográfico de Balbi (del cual nos servimos para la clasificación de los pueblos según sus lenguas) se hablan en toda la América 458 lenguas y de ellas resultan más de 2.000 dialectos en una población de 40 millones de indios. Humboldt calculó que antes de la revolución había en Venezuela 120.000 indios de raza pura, y como á este

número correspondería, según los datos anteriores, seis lenguas y 21 dialectos, resulta comprobado nuestro aserto, pues en realidad se hablaban 11 idiomas, de cuyas variaciones y combinaciones resultaban 450 dialectos. Otra cosa notable en América, y sobre todo en Venezuela, es que las razas indígenas forman apenas una cuarta parte de la población total del Nuevo Mundo y que esta proporción baja todavía en la antigua capitania general de Caracas á una sexta parte, según lo estimó el Sr. Humboldt en la época enunciada.

Procuraremos hacer la clasificación de los diferentes pueblos que fueron hallados en Venezuela según sus lenguas respectivas.

Los *Goajiros*, nación numerosa, feroz y guerrera que en otros tiempos contaba más de 60.000 individuos, hoy está reducida a poco más de 18.000. Tienen relaciones comerciales con los ingleses y holandeses, son buenos jinetes, crían ganados y cultivan algunos pedazos de tierra: manejan perfectamente el fusil y las flechas. Estas las usan envenenadas y la mayor parte de ellas con la púa formada del hueso que la raya tiene en la cola; el veneno es tan mortífero, que de los que llegan a ser heridos pocos se salvan y el mayor número muere en horribles contorsiones y dolores agudísimos.

Los *Cocinas* están sometidos a los Goajiros y hablan un dialecto de la lengua de estos, lo mismo que los *Sabriles* y *Cucinetas*.

Los *Zaparas*, *Aliles*, *Tamares*, *Bobures*, *Toas*, *Quiriquires*, *Carates* y *Alcoholados*, naciones y tribus que habitaban al rededor y en las orillas del lago de Maracaibo y río Sucui. Algunos restos existen todavía en la laguna de Sinamaica, Lagunilla, Moporo y Ticaporo, en cuyos lugares hay varias familias reunidas que viven en chozas elevadas sobre horcones de vera

en medio del agua. De estos pueblos anfibios se cuenta que para hacer la caza de los patos comenzaban por echar al agua muchas taparas. Cuando las aves acuáticas se acostumbraban á la vista de aquellas boyas, tomaban los indios otras semejantes en que metían la cabeza después de haber practicado dos agujeros proporcionados para los ojos. Con este artificio se acercaban a los patos unas veces a nado y otras caminando; pero siempre con disimulada lentitud, como si la tapara fuese impelida por el viento o la corriente, y ya entre ellos, los iban tomando por las patas y sumergiéndolos en el agua para asegurarlos por la cabeza a una cuerda que tenían atada a la cintura. La lengua que aún conservan estos indios parece un dialecto de la goajira o de un origen común con ella. El objeto verdadero de vivir en medio del agua, no es por la insalubridad del clima, como algunos han creído, sino para librarse de la plaga de zancudos y jejenes que abundan mucho en los terrenos circunvecinos sobrecargados de una lujosa vegetación.

Los *Motilonos* eran una formidable y numerosa nación que habita un vasto territorio sobre las fronteras de la provincia de Santa Marta y entre Salazar de las Palmas y Tamalameque, probablemente en la montaña de Borotare, cerca de Ocaña. Estos indios infestaban los caminos que conducían a los establecimientos españoles y sobre todo a los situados en las montañas de Pamplona y Mérida, é interceptaban la navegación del río Zulia. S. Faustino fue erigido en el lugar que ocupa, para atender a la persecución de estos indios, los cuales se hallan tan destruidos en el día, que se ignora la lengua que hablaban.

Hermano Nectario María: narra lo sucedido a Nigale

Pacheco dispuso luego salir directamente contra los zaparas y, valiéndose de un ardid bien tramado, logró dominarlos totalmente, apoderándose de los principales y dando muerte a un gran número de ellos. Fingiéndose amigo, desembarcó desarmado a la vista de los propios indios, mientras

en el lado opuesto, resguardada por la selva, sin que nadie se diese cuenta, saltaba a tierra la otra parte de la expedición, bien provista de armas para todos. Creyeron los fieros zaparas que con dejar bajar a tierra a estos hombres sin armas, harían luego de ellos lo que se les antojara; pero, unidos rápidamente, cayeron todos sobre los indios, y tanto los caciques Nigale y Tolenigaste, como la mayoría de su gente, fueron apresados o muertos. Algunos lograron escaparse y se retiraron con las mujeres y niños al pueblo y laguna de Oriboro, a la cual decían también Matícora, “por ser un sitio fuerte”; pero el capitán Juan García Montero los estrechó allí, de tal modo que fueron todos reducidos a prisión. El mismo Juan Pacheco Maldonado, en una declaración, dice: “Juan García Montero... se halló en la prisión de los indios zaparas que se hizo en la Barra de la Laguna y en la que se hizo en el pueblo y laguna de Oriboro, donde se prendieron los demás indios zaparas que restaban, yendo el susodicho (Juan García Montero) por caudillo”. Los zaparas fueron literalmente aniquilados y del exterminio solo se salvaron unos pocos que lograron huir a lugares remotos.



Añun nukukaru: Vocabulario elemental (244 palabras)

Números (20 palabras)

Uno	máneí
Dos	pimu; pímí
Tres	apáni
Cuatro	pínye
Cinco	jádda
Seis	piamí
Siete	epéremi; aprémi
Ocho	pinyour
Nueve	kéirate
Diez	maná-ghi
Veinte	pián-ghi
Treinta	apáni-ghi

Cuerpo (42 palabras)

Ano	tayö
Axila	ayí-noghö
Barba	taiúye
Bigote	téima
Boca	t-óunaga
Brazo	tádene
Cara	terúh
Cintura	t euye
Costillas	tapárin
Cuello	t-ógoín
Dedos de la mano	yö-táp
Dedos del pié	uchöyu-tapát
Diente	tái
Escroto	to-tólogoin
Espalda	t opü töp
Frente	teiporú
Labio	téimata

Laringe	hla-togóin
Lengua	tebénye
Mano	táp
Mentón	tayuye
Mi cabello	tawála
Mi Cabeza	Táki
Mi Vientre	tayü, tayú
Muslo	taböi
Nalgas	jimatajúi
Nariz	téiyi
Nuca	t-ánkhe
Nuestra Cabeza	Wáki
Nuestro vientre	wayú
Ojo	toú
Ombliigo	tómoyoh
Oreja	tachó
Pantorrilla	tapü (h)
Párpado	tóuta

Pecho	t-aiéntin
Pene	téu, wichá
Pié	tapát
Rodilla	tai-otro (h)
Teta	t-ayíri
Uñas de la mano	jíyi-táp
Uñas del pié	jiyí-tapát
Vulva	t éberi

Animales (24 palabras)

<u>Zorro</u>	káchepour
<u>Zamuro</u>	mátarin
Vaca	pá (foránea)
<u>Tigre</u>	karéir; kaléira
<u>Tijereta</u>	beróunei
<u>Tiburón</u>	pién
Perro	ieri, yérghei (foráneo)
<u>Pescado</u>	oih
<u>Pez espada</u>	atára
<u>Pato yaguasa</u>	oróna
<u>Pavo</u>	móyu
<u>Paloma</u>	mouguáje
<u>Mono</u>	wini
<u>León</u>	nóreh
<u>Iguana</u>	guánah
<u>Gallina montés</u>	togóro
<u>Garza blanca</u>	wára

<u>Garza morena</u>	óro
<u>Gato</u>	mügh
<u>Conejo</u>	arúbbunah
<u>Caimán</u>	kéibi
Burro	múra (foráneo)
Caballo	áma (foráneo)
Cabra	káuro (foráneo)
<u>Hannamai</u>	bagre
<u>Hañu</u>	hormiga
<u>Kareira</u>	tigre
<u>Keiwi</u>	caimán
<u>Machiruuna</u>	lagarto
<u>Okorokor</u>	el sapo
<u>Mii</u>	gato
<u>Öökí</u>	piojo
<u>Miü</u>	zancudo
<u>Pou</u>	pámpano
<u>Uchí</u>	pájaro

<u>Wayamai</u>	tortuga
<u>Yeen</u>	víbora
Yéř	perro
Wana	iguana
<u>Wapa</u>	miel

Vegetal (16 palabras)

Cacao	jikiga-kokóu
Cambur	jikiga-guiné
Caña dulce	kañarúi
Cocotero	kok
Cují acacia	guaramahiri
Dividive	jikiga-dividive
Enea	maritsche
Maíz	mái
Mangle rojo	gua-mahí
Mango	jikiga-mang
Plátano	kurán
Tabaco	takát
Tapara	arit
Yuca	éu
yĩ	fruta verde

Palabras comunes (43 palabras)

Alegre	páyaguei
Allá	etáh
Alto	káburou
Aquí	ayé
Bella	anatschárri
Bueno	kamá-chichiri
Cerca	únturuh
Corto	jédiye
Demonio	yörgua
Dios	adiúghe
Dulce	jémeda
El, ella	niah
Ellos	niágan
Enfermo	dig geh
Evacuar	ólu
Feo	móughe

Flaco	li-yóu
Gente	añú
Gordo	kóugdu
Grande	yoúghe
Indio guajiro	mógüra
Jefe	juraure
Largo	yóu
Lavar	öyo
Lejos	wáddu
Malo	kóulrai
Mío	ta; t'
Mucho	káihe
Muerte	óu-dagá
No	nóu
Nosotros	we
Nuestro	w'
Pequeño	jéddiga
Pobre	kama minya

Poco	j apáninya
Rico	güir
Si	ajá
Suyo, de él	n'
Tú	piá
Tuyo	p'
Varón, macho	atái
Viejo	paráta
Yo	te

Familia (29 palabras)

Abuela	tahóui (a)
Abuelo	tadóui (a)
Anciana	areurága
Anciano	areurá
Cuñado	taréi
De mujer	táchi
De mujer	tasirap
Esposa	téimiyu
Extranjero	ayáuna
Extranjero negro	sapuána
Extranjero rubio	ayáuna-íngrie
Hija	tachón-niére
Hijo	tachón
Hombre	éich, eichire
Hermano mayor	tapáñe
Hermano menor	tamúíñi
Madre	ten, töin

Marido	téimiyi
Mi hogar	tapiñe
Mi Sobrino	téup
Mujer	hniére
Niña	jebi-yiya
Niño	jebich
Padre	tei
Su sobrino de él	néup
Suegra	tóu-iyí
Suegro	tóuglo
Tía	béiye
Tío	tóubja

Naturaleza, tiempo y usos (70 palabras)

Agua	win
Anzuelo	kuir (e)
Año	gima
Árbol	jinghi
Arco	wréich, uréch
Arena	mó
Ayer	ayéiyé
Calor	jútide
Camino	wóbu (h)
Canalete	anáichi
Canoa	piráu
Caño, río	éima
Casa	jála
Casas	jála-ga
Cerro	útschi
Cielo	jirama
Collar	tikire

Cordel	jáppu
Cotiza	kotíse
Cuchara	warich
Cuchillo	méh
Cuero de res	jundo-pah
Cuero venado	jundó-irama
Demonio	yörgua
Día	kayúge; kayóui
Dios	adiúghe
Estrella	jatüge
Faja de hombre	tasíren
Flecha	wakét, wardí
Fogón	kig-gigah
Frío	jamiéiya
Fuego	chighe, chigiga
Fusil	oiei
Hamaca	jamáj
Hoy	uayé

Húmedo	tschóntu
Leña	chighe
Lluvia	wuiagha
Luna	kéichare
Madrugada	jayúb
Mañana	uát
Mar	pará
Mecate	kabuye
Media noche	ariáre
Medio día	kayú
Mes	kei
Morado	pírh
Muerte	óu-dagá
Nadar	óúgda
Noche	ayip (e)
Norte	norda (íí)
Nuevo	jirórgo
Olla	wira

Oscuro	kayingh
Palanca	palanghe
Pasado mañana	máni-gei-gei
Peine	pöt
Piedra	úb-bah, bág-gah
Playa de mar	aréstche
Pulsera	tabudún
Relámpago	mbátschirgha
Rojo	jébagar
Ron	güina
Sal	tschü, chü
Seco	járadu
Sol	kéi-kei; kai-kai
Sombrero	árana
Sur	perún
Tarde	ai-biyeh
Tarde	jadú-biyéh
Techo	nounagá

Tierra	mógho
Tinaja	kára-mára
Troje	jürgugoh
Viejo	paráta
Viento	óúg déi
Zarcillo	tachöbra



Los Añu y la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela

Capítulo VIII - De los Derechos de los Pueblos Indígenas

Artículo 119° El Estado reconocerá la existencia de los pueblos y comunidades indígenas, su organización social, política y económica, sus culturas, usos y costumbres, idiomas y religiones, así como su hábitat y derechos originarios sobre las tierras que ancestral y tradicionalmente ocupan y que son necesarias para desarrollar y garantizar sus formas de vida. Corresponderá al Ejecutivo Nacional, con la participación de los pueblos indígenas, demarcar y garantizar el derecho a la propiedad colectiva de sus tierras, las cuales serán inalienables, imprescriptibles, inembargables e intransferibles de acuerdo con lo establecido en esta Constitución y en la ley.

Comentario: hasta el momento el Estado tiene varios de estos compromisos pendientes, destacando la rigidez del concepto “tierras” para el caso Añu, y el asunto de la “demarcación” en el que nada se ha avanzado. Si el Estado no demarca junto al pueblo Añú nuestro hábitat y aguas que ancestral y tradicionalmente hemos ocupado y que son necesarias para garantizar nuestra vida, ninguno de estos derechos será posible alcanzar. El primero y más trascendental paso para un efectivo reconocimiento de la existencia del Añu, es la definitiva definición de cuál es nuestro hábitat; de ello dependerá todo lo demás, desde el rescate cultural hasta la supervivencia como pueblo. Lo contrario es darle continuidad al despojo, continuar invisibles ante la sociedad regional y nacional, y ser suplantados nuestros espacios por otras nacionalidades con más poder.

Artículo 120° El aprovechamiento de los recursos naturales en los hábitats indígenas por parte del Estado se hará sin lesionar la integridad cultural, social y económica de los mismos e, igualmente, está sujeto a previa información y consulta a las comunidades indígenas respectivas. Los beneficios de este aprovechamiento por parte de los pueblos indígenas están sujetos a esta Constitución y a la ley.

Comentario: la deuda que tiene el Estado con el pueblo Añu es incalculable, por solo nombrar lo que ha pasado con el petróleo del Lago, y lo que sigue pasando con el cemento, la petroquímica, el carbón y la falta de consulta en proyectos eléctricos, de infraestructura, disposición de aguas servidas, o utilización de nuestras islas y humedales. Es urgente que el pueblo Añú constituya una fuerte organización que plantee una agenda integral de sus derechos postergados, fijando posición firme en la defensa de nuestro hábitat y decidiendo el destino que daremos a los espacios de nuestra Madre Agua.

Artículo 121° Los pueblos indígenas tienen derecho a mantener y desarrollar su identidad étnica y cultural, cosmovisión, valores, espiritualidad y sus lugares sagrados y de culto. El Estado fomentará la valoración y difusión de las manifestaciones culturales de los pueblos indígenas, los cuales tienen derecho a una educación propia y a un régimen educativo de carácter intercultural y bilingüe, atendiendo a sus particularidades socioculturales, valores y tradiciones.

Comentario: falta el compromiso específico del Estado y la definición de políticas públicas para el logro de los objetivos trazados en este Artículo. El ministerio correspondiente luce extraviado, sin definiciones claras sobre programas para la diversidad de pueblos indígenas, menos para el Añú al cual ignoran por completo. No se ha implementado una iniciativa

para rescatar el añun nuku, ningún nivel de gobierno parece comprender la importancia y gravedad del asunto. Tampoco se cumple la Ley de Pueblos Indígenas y menos la de Idiomas. No se destinan partidas presupuestarias para la educación intercultural bilingüe, menos para la elaboración de los materiales didácticos y de soporte pedagógicos requeridos para estos alcanzar estos objetivos constitucionales.

Artículo 122 Los pueblos indígenas tienen derecho a una salud integral que considere sus prácticas y culturas. El Estado reconocerá su medicina tradicional y las terapias complementarias, con sujeción a principios bioéticos.

Comentario: en el caso Añú no solo es que nada se hace para mejorar nuestra salud, sino que por el contrario, cada vez se envenena más nuestro hábitat: las aguas que son nuestra fuente de alimento, trabajo y vida. La organización del pueblo de Nigale, debe poner este tema en la emergencia de una agenda frente al Estado, responsable principal de la contaminación del Maracaibo, y quien debe responder al pueblo por nuestros reclamos y reivindicaciones.

Artículo 123° Los pueblos indígenas tienen derecho a mantener y promover sus propias prácticas económicas basadas en la reciprocidad, la solidaridad y el intercambio; sus actividades productivas tradicionales, su participación en la economía nacional y a definir sus prioridades. Los pueblos indígenas tienen derecho a servicios de formación profesional y a participar en la elaboración, ejecución y gestión de programas específicos de capacitación, servicios de asistencia técnica y financiera que fortalezcan sus actividades económicas en el marco del desarrollo local sustentable. El Estado garantizará a los trabajadores y trabajadoras pertenecientes a los pueblos indígenas el goce de los derechos que confiere la legislación

laboral.

Comentarios: este Artículo sólo deja interrogantes sobre qué se ha hecho y dejado de hacer por parte de las instituciones. Si partimos del hecho que existe apenas una escuela técnica Añú en Moján, plagada de carencias, sin precisión de su perfil identitario y vocacional, sin programas de formación para que los docentes estén en capacidad de asumir la revalorización étnica, el balance es preocupante. La actividad económica fundamental del Añú es la pesca artesanal, la cual se enfrenta a la contaminación, la inseguridad, y últimamente al contrabando de extracción de gasolina, que amenaza acabar con toda honradez en la región.

Artículo 125° Los pueblos indígenas tienen derecho a la participación política. El Estado garantizará la representación indígena en la Asamblea Nacional y en los cuerpos deliberantes de las entidades federales y locales con población indígena, conforme a la ley.

Comentarios: hasta hoy ha sido casi nula o discriminada la participación Añú, incluso en municipios que forman parte integrante del hábitat ancestral, el pueblo Añú es relegado para dar paso a otras nacionalidades. Un asunto que debe ser revisado y corregido, es el que obliga hablar el idioma originario; en nuestro caso debe establecerse la excepción partiendo de las razones históricas que llevaron a la desaparición del añun nuku.

Ideas para un Plan de Rescate Añú

Reunificación, reconstrucción, revalorización y revitalización son las palabras claves para salvar la nación Añú. Estas cuatro líneas estratégicas no son excluyentes una de otra, son interdependientes, simultáneas e imprescindibles.

Reunificación (o Reencuentro): esta acción –que está en marcha pero muy débilmente y sin Plan- requiere un gran esfuerzo formativo. Se trata de estructurar una vanguardia de la descendencia Añú capaz de interpretar la complejidad de la situación planteada. ¿Qué significa esto? Significa que el liderazgo actual, con sus dispersiones y falencias, tiene que poner sus mayores y mejores energías en congregarse: hay que constituir movimiento para el rescate del pueblo Añú. En ese liderazgo caben todas las personas que vienen haciendo sus aportes políticos, culturales, organizativos, educativos y, sobre todo, la vanguardia social de la población resistente, la que mantiene los modos de vida ancestrales, vale decir, pescadores artesanales, constructores mangleros, mujeres organizadas, educadores, jóvenes, artesanos, cultores, entre otros.

La Reunificación sirve como punto de partida para la definición de la geografía humana añú. El método del Mapa Familiar nos permitirá ir tejiendo la red definitoria del área demográfica y territorial.

Pero, ¿en qué consiste el Método del Mapa Familiar? El MMP es un ejercicio de memoria colectiva que se realiza a nivel personal, rememorando los orígenes de la rama Añú de nuestra familia; algo similar al llamado “árbol genealógico”, pero con la particularidad de que sólo se reconstruye el hilo familiar Añú, identificando con la mayor precisión posible, el lugar de procedencia de nuestros parientes más lejanos.

Reconstrucción. Este concepto abarca los esfuerzos por darle corporeidad expresa al pueblo Añú actual, a partir del establecimiento de cinco elementos definitorios de la pertenencia al grupo. Estos cinco elementos son: 1) El Mapa Familiar, 2) La organización embrionaria de rescate (el Movimiento), 3) El estudio etnohistórico y cultural, 4) El afínque educativo (nuevas generaciones), y 5) Las Políticas de Revalorización y Revitalización.

En la Reconstrucción la vanguardia activa tiene el deber de estimular la participación protagónica de la población resistente, aquella que ha conservado las formas de vida originarias, manteniéndose arraigada al hábitat ancestral.

Revalorización. La palabra clave en esta línea estratégica es sensibilización. El trabajo educativo-cultural es el medio ideal para lograr esa deseada Revalorización del Pueblo Añú, que presenta dos escenarios: el endógeno, donde se rescata el sentido de pertenencia, se combate la vergüenza étnica, se promueve el orgullo étnico, se visibilizan los valores y aportes del pueblo Añú, y el exógeno, que se refiere al reposicionamiento del espacio indígena por parte de la descendencia Añú, es hacernos ver, retomar nuestra épica histórica, señalar los sacrificios ajenos y contemporáneos, rescatar la imagen y el espacio arrebatado.

Revitalización. En esta estrategia juega un papel estelar el rescate del idioma como asunto de alto interés y su difusión entre NNA, estudiantes, comunidad en general. Reivindicar los derechos plenos sobre el hábitat, rehabilitar la nomenclatura étnica, aplicación de preceptos constitucionales y legales, y ejercer representación directa en las instancias de poder que le correspondan como pueblo indígena.

La agenda de lucha tiene como prioridad la demarcación del hábitat y los compromisos presupuestarios oficiales con el Plan. Esta es nuestra hora. Renazcamos de una vez.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de
en la Ciudad de Maracaibo - Estado Zulia, Repú-
blica Bolivariana de Venezuela en el año 2015.
La edición Constó de xxxx ejemplares

